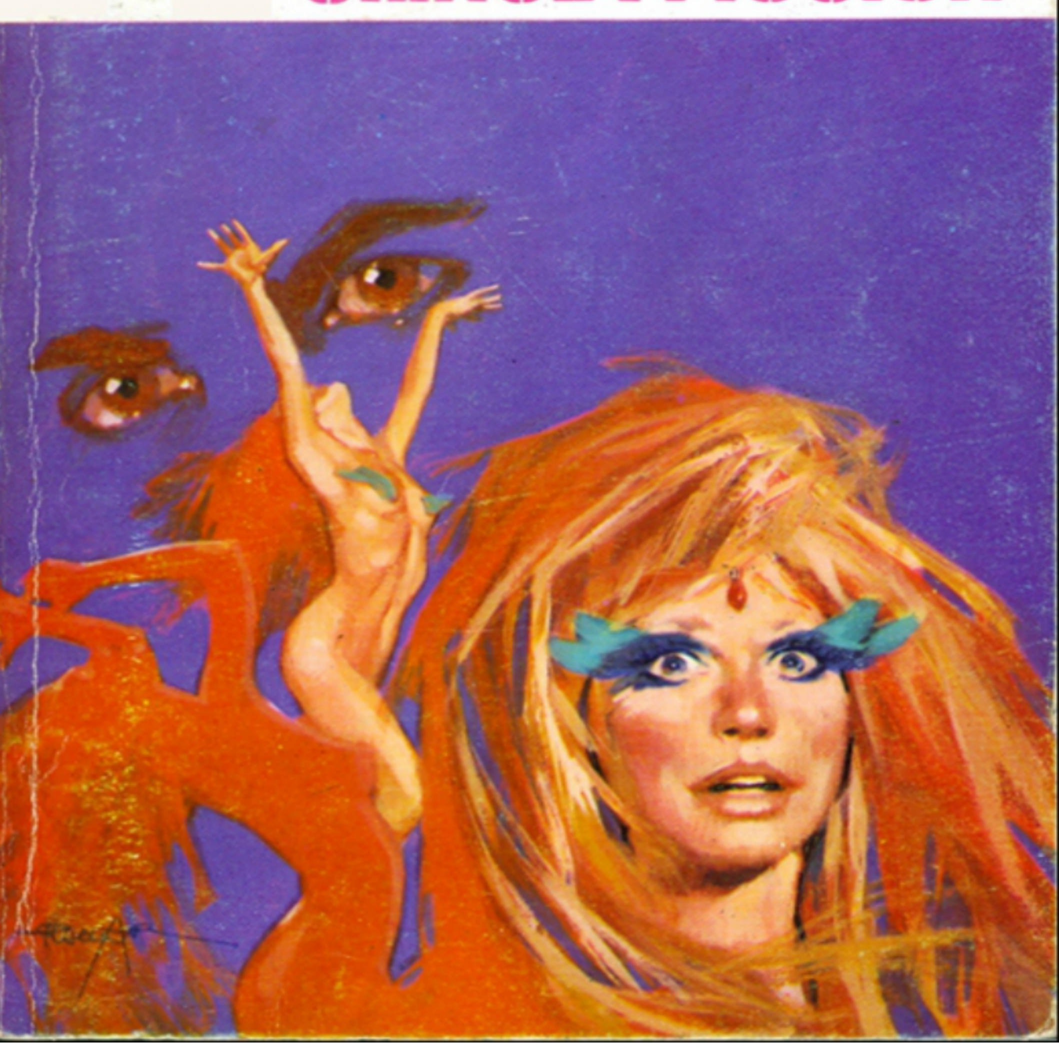
BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

PRELUDIO PARA EL APOCALIPSIS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





PRELUDIO PARA EL APOCALIPSIS

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

348 - Prisión en Ganímedes, *A. Thorkent*

349 - Viaje hacia el horror, *Kelltom McIntire*

350 - Viento del infierno, *Ray Lester*

351 - Los terrícolas, *Marcus Sidereo*

352 - Mundo aislado, *A. Thorkent*

KELLTOM
McINTIRE

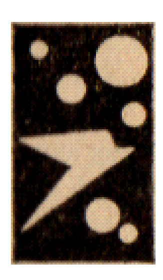
PRELUDIO PARA

EL APOCALIPSIS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 353

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 11.879 - 1977

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1977

Concedidos derechos exclusivos *a* favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El World Club[1] comenzó a funcionar el primero de enero de mil novecientos noventa y ocho.

El World dispuso en seguida de locales sociales en Washington, México, Londres, París, Madrid, Roma, Bonn, Estocolmo, Tel-Aviv, El Cairo y Nairobi.

Los World Clubs se hicieron famosos en pocos meses. Tanto o más que los célebres clubs Play-Boy.

Había razones suficientes para ello comenzando por la cuota que debía satisfacer cada persona antes de ser considerado socio.

En cuanto a la cuota, era única. Debería ser pagada de una sola vez, y los socios, una vez efectuado el pago, no estarían obligados a satisfacer cantidad alguna posteriormente.

Claro que la cuota única del World Club era de un millón de dólares.

Naturalmente, el World estaba llamado a ser un club de minorías selectas. Por la sencilla pero elocuente razón de que cualquier persona no dispone de un millón de dólares para convertirse en flamante socio del club.

Sin embargo, el treinta y uno de enero del mismo año, el World contaba ya con la estimable cifra de cuatro mil socios.

Es decir, la administración de la sociedad mundial contaba ya con la nada despreciable cantidad de cuatro mil millones de dólares.

Míster James Kenhare, el secretario general, esperaba multiplicar por diez los cuatro mil millones antes de que hubiera terminado el primer semestre de 1998.

Aparentemente, la cabeza visible de la asociación mundial era James Kenhare, un elegante londinense de cuarenta años, considerado como célebre play-man en los círculos mundiales de moda.

El World estaba considerado como un centro creado por millonarios caprichosos con el fin de disponer de una red de lujosos locales de recreo en las más importantes ciudades del mundo.

Pero todo ello, como el mismo James Kenhare, sólo era la máscara bajo la cual se ocultaban las verdaderas intenciones del World Club.

Para entenderlo mejor, sería necesario recordar que en abril de 1989 habían tenido lugar luctuosos y extraños sucesos en la Tierra.

Durante la noche del 17 al 18 de abril, se hundieron en el Atlántico las Islas Canarias, las Madeira, Cabo Verde, Barbados, Fernando Poo y adyacentes y otras numerosas islas e islotes de la cornisa atlántica oriental, desde el norte hasta el sur.

El 21 de abril, Madagascar y las restantes islas del Índico quedaron reducidas a un tercio de su superficie total, como consecuencia de la increíble altura alcanzada por la violenta pleamar de aquella fecha.

El 23, la violencia de las aguas sumergió casi en su totalidad las islas Hawai, de cuya superficie apenas emergieron sobre las aguas los picachos de sus más elevadas montañas.

También en la misma fecha, desapareció prácticamente Japón. De las islas Hondo, Shikoku, Kiushiu y Hokkaido y las restantes quinientas islas que componían el archipiélago nipón, apenas quedaron pequeños islotes sin cubrir por las aguas.

En todos los océanos y mares, las aguas marinas se elevaron cincuenta metros y los litorales de todos los países sobre la Tierra retrocedieron centenares de kilómetros tierra adentro.

Hubo millones de muertos y las pérdidas fueron tan enormes, que muchos países se arruinaron y prácticamente desaparecieron.

El mapamundi hubo de ser rectificado, de la misma forma que los límites de los países limítrofes con mares y océanos.

En los países más afectados, las enfermedades diezmaron a la población y el hambre y la miseria se extendieron sobre la faz de la Tierra.

¿Qué había ocurrido?

Sencillamente, los hielos del Ártico y del Antártico se habían fundido y las aguas resultantes habían elevado la superficie de los mares y anegado las islas y continentes, remodelando a su capricho la Tierra.

Los más famosos científicos se ocuparon del asunto, pero ninguno de ellos supo explicar en virtud de qué raro fenómeno se habían fundido

las formidables masas polares.

Knut Gudsen, un famoso geofísico, aseguró a través de la televisión, que los mares y océanos no bajarían a su antiguo nivel hasta que transcurriera un milenio.

Lo cual, evidentemente, no sirvió de consuelo a nadie.

La reducción que sufrió la superficie terrestre acortó en más de un tercio los recursos económicos del globo. Naturalmente, a menor superficie, menor producción en todos los órdenes.

Los países continentales, sin litoral, o con gran superficie, fueron los más afortunados, puesto que dispusieron de mayores recursos. Pero la mayoría se vieron al borde de la ruina, de la desolación y de la muerte.

Poco más de diez años después, surgió el World Club.

Su aparición no fue bien acogida por la opinión mundial. Parecía el colmo de la frivolidad crear un club de millonarios precisamente cuando la mayor parte de la población terrestre se veía sometida a miserias y calamidades sin cuento. .

Lo cierto es que bajo el barniz de frivolidad de los lujosos locales, se escondía algo más práctico y menos intrascendente.

Porque el día 10 de enero de 1998, el club comenzó la construcción de ciertas instalaciones situadas en los terrenos que el círculo había adquirido en las Montañas Rocosas.

El lugar, apartado de las principales carreteras y núcleos de población, estaba localizado a dos mil metros sobre el nivel del mar, en un paraje tan inhóspito. y salvaje, que la construcción de las instalaciones del World pasaron fácilmente desapercibidas para los ciudadanos y las autoridades de Estados Unidos de América.

El hombre que en verdad dirigía el World Club se llamaba Christopher Fox y era un antiguo astronauta.

Fox se había hecho famoso a principios de los años ochenta, a raíz de su regreso de un viaje espacial que duró más de un año.

Nadie sabía qué era Fox, en realidad.

¿Un científico, un iluminado, un embaucador?

Tras su viaje espacial, Fox había recorrido el mundo tratando de convencer a la humanidad de que el fin del mundo estaba próximo y todos debían estar dispuestos a morir hacia finales de diciembre de 1999.

El hecho de que Fox observase unas costumbres ciertamente estrambóticas —no permitía que nadie le tocase ni se aproximase a menos de un metro de distancia— y la especial y misteriosa aura que le rodeaba, como participante en una de las aventuras espaciales más grandes de la Humanidad, le habían producido un cierto número de adictos y seguidores, que fueron precisamente los fundadores del World Club.

Transcurrido el Año de la Desolación de 1989, todos los países se afanaban en reconstruir sus débiles economías y se dedicaban de lleno a la investigación, como única esperanza de resurgimiento.

Los transportes de toda índole, el comercio y la industria habían sufrido un terrible colapso. Millones de personas habían abandonado las ciudades y huido al campo y a las montañas, en una fuga desesperada hacia la supervivencia que recordaba las costumbres prehistóricas.

Pero en Europa, América y en Asia quedaban muchas personas con recursos económicos y de toda índole, dispuestos a unirse para hacer frente a cualquier catástrofe futura.

Era lógico.

Los enormes volúmenes de hielo de los Polos· se habían fundido inexplicablemente. Comprobado esto, cualquier desastre futuro era de prever.

El miedo, la angustia y la incertidumbre habían prendido en todos los corazones.

Y así, los pobres huían al campo y a las montañas y tornaban a las costumbres silvestres de sus antepasados, mientras los ricos se reunían en asociaciones y círculos, buscando una manera de protegerse de cualquier posible cataclismo.

El World Club, por su parte, seguía obteniendo centenares de socios. Los recursos económicos de la sociedad subían a cifras astronómicas, lo que permitía a sus dirigentes contratar a millares de personas entre las que se contaban los más destacados físicos, ingenieros e investigadores de todo el orbe.

Los locales internacionales del World seguían funcionando en todo el mundo como centros de refinado placer, pero en las Montañas Rocosas, millares de técnicos se afanaban día y noche en algo muy diferente.

En febrero de 1998 se organizó en Londres la WAFDA, que componían delegaciones técnicas de todas las naciones. El principal objetivo de la WAFDA era el estudio y la prevención de posibles desastres.

Contando con la unión de casi todas las naciones, la WAFDA poseía recursos económicos insuperables y pronto se hizo tan famosa como los célebres Word Clubs.

La misión número uno de la WAFDA consistía en averiguar el origen de la fusión de las masas polares.

El informe sobre tal fenómeno estuvo listo para ser presentado a mister Arnold Spencer, presidente de la WAFDA, a finales del mes de marzo de 1998.

—No existe explicación racional para el fenómeno de la fusión del Ártico y el Antártico. No existen en nuestro planeta fuerzas naturales suficientes para conseguir unos resultados tan terribles. Tampoco se debe a experiencias científicas de orden terrestre (explosiones nucleares, por ejemplo), como algunos especuladores informativos habían insinuado.

Spencer se impacientó al conocer un informe tan insustancial.

—¿Quiere esto decir que seguimos como al principio? Es decir, ¿ignoramos por completo el origen del fenómeno que asoló la Tierra en 1989? —inquirió, exasperado.

Knut Gudsen, que formaba parte de la misión número Uno, pronunció con gravedad:

—Algo hemos averiguado. Según nuestros cálculos, sólo intrusos extraterrestres serían capaces de llevar, a cabo una empresa semejante a la fusión de los Polos.

CAPÍTULO II

Había terminado la conferencia de la WAFDA tras las intranquilizadoras declaraciones del profesor Gudsen.

Pero poco después, el Consejo Magno de la asociación se reunía para escuchar en privado al profesor.

—Preferí completar mi informe en privado, consciente de que mis palabras podrían desatar la incertidumbre y el terror. De la misma forma que estoy seguro de que cuantos están presentes guardarán escrupuloso secreto acerca de cuanto se diga aquí.

Míster Spencer dirigió una rápida ojeada a los representantes de los gobiernos de Estados Unidos, confederación sudamericana, europea, africana, asiática, oceánica y de la URSS.

Asintió con un movimiento de cabeza e invitó a Gudsen a continuar.

—Adelante, profesor. Le escuchamos.

—No es mucho lo que tengo que decir. Antes quiero que vean las fotografías que encontrarán en otros tantos sobres ante ustedes. Mírenlas, por favor —pidió el científico.

Todos los asistentes tomaron los sobres y contemplaron aquellas fotos con indudable ansiedad.

—¿Y bien? —preguntó el representante de Estados Unidos, impaciente —. Son dos fotografías en las que veo otras tantas llanuras polares, según creo.

—Exactamente. Nuestras cámaras tomaron desde el aire los páramos rocosos en que han quedado convertidos los Polos. Veo que no han observado nada extraño. En tal caso, proyectaremos las mismas formas, en diapositiva, sabre la gran pantalla que tienen enfrente. Miren ahora con atención.

Se apagaron las luces y la primera diapositiva fue proyectada sobre la pantalla.

Inmediatamente, algunos de los componentes del Cansejo Magno prorrumpieron en exclamaciones.

—Se diría… ¡Sí! ¡Se trata de una serie de signos grabados sobre la llanura! —exclamó el representante de la URSS.

—Tiene razón —respondió Gudsen—. Son unos raros signos grabados sobre la roca. Pero observen las dimensiones de esos signos… ¡cuatrocientos metros de altura por más de doscientos de anchura! Hemos medida, en tierra, la profundidad de las marcas y hallada que oscila entre treinta y cinco y cuarenta y cinco metros.

Durante unos instantes, los reunidos permanecieron en silencio, como si consideraran el alcance de las declaraciones del profesor.

Al fin, el representante de la Confederación Europea se alzó de su asiento y se encaró con Knut Gudsen.

—Quisiera hacerle una pregunta, profesor. ¿No podrían deberse tales signas a la caprichosa acción de los elementos sobre la roca?

Gudsen denegó vivamente can la cabeza.

—La regularidad de los trazos y la forma «inteligente» de los mismos, niegan tal pasibilidad. Par otra parte, tenemos las fotocromatagrafías realizadas sobre las fotos tomadas par aeronaves que surcaron los Polos en la primavera de 1989. Y he aquí el extraña espectro luminoso que hemos obtenida. ¡Véanlo, par favor!

Sobre la enorme pantalla se proyectó una serie de siluetas luminosas, fosforescentes en rojo y azul, que guardaban una pasmosa semejanza el diseño de las astronaves terrestres.

—Señores, crea que debemos rendirnos a la evidencia. La catástrofe ocurrida en 1989 no se debió a ningún fenómeno meteorológico, sino a la acción de intrusos extraterrestres —resumió el profesor Gudsen—. Lo dice claramente la magnitud de la catástrofe, el espectro fotográfico que están contemplando y el ciclópeo mensaje grabado sabre las llanuras polares, idéntico en el Ártico y en el Antártico.

Los componentes del Consejo Magno estallaron en ruidosas e impacientes exclamaciones.

—¡Las declaraciones de Gudsen suponen nada menos que los extraterrestres nos han declarado la guerra!

—No cabe duda de que se trata de una provocación.

—¡Debemos preparamos para la guerra total!

Finalmente, el presidente consiguió imponer silencio y aquietar los ánimos.

—Señores, debemos reconocer que no estamos preparados para una guerra intersideral. Cuantas exploraciones espaciales hemos llevado a cabo, nos han demostrado, aunque sin la suficiente claridad, que «ellos» están más avanzados científicamente y son más poderosos que nosotros en todos los órdenes —declaró Arnold Spencer.

Sus palabras cayeron como una ducha helada sobre los reunidos.

—Por otra parte —añadió el presidente, aprovechando el silencio que había seguido a sus palabras—, creo que el profesor Gudsen tiene algo más que decimos.

—En efecto —afirmó el geofísico—. He leído muchas veces, desde su primera edición, el libro de Christopher Fox, *Viaje a través del cosmos*. Fox escribió este libro tras su viaje al planeta Iris, próximo a nuestro sistema solar. Fox fotografió la superficie del planeta y descubrió unos signos semejantes a los que nosotros hallamos en los Polos. Incluso se dijo que Christopher Fox había logrado desentrañar el significado de tales signos.

Gudsen hizo una señal al operador del proyector y sobre la pantalla apareció una llanura desértica del planeta Iris, donde podían contemplarse unos signos muy parecidos, si no idénticos, a los grabados sobre los páramos solares.

—¿Lo ven? Yo mismo he podido reconocer muchos trazos y signos exactamente iguales. Si es cierto que Fox consiguió desentrañar la ciclópea escritura, la sensatez debiera impulsarnos a buscar su ayuda —pronunció Gudsen.

Arnold Spencer se alzó de su sitial y paseó su mirada por toda la asamblea.

—Mi opinión personal es que el profesor Gudsen ha hablado razonablemente. Si tenemos sobre nuestras cabezas la alucinante amenaza extraterrestre, debemos desentrañar el misterio de ese mensaje. Por tanto, propongo una votación para aprobar la moción de Gudsen —anunció.

La propuesta fue acogida unánimemente. Y la votación electrónica aprobó rotundamente la moción: era urgente e indispensable contar con la ayuda de Christopher Fox, el antiguo astronauta.

La WAFDA contaba con un servicio de investigación formado por los más expertos policías del mundo.

Pero la Worpol —policía de la WAFDA— anunció al Consejo Magno la desoladora noticia:

—No hemos podido encontrarle, a pesar de todas nuestras pesquisas. Mister Fox desapareció de su domicilio de Washington a primeros de marzo y nadie ha podido verle a partir de entonces.

—Pero nadie ha anunciado su muerte, ni denunciado su desaparición.

—Justamente. Y eso nos anima a pensar que Fox continúa vivo. Nos hemos entrevistado con su guapa hija, Geraldine Fox, pero no hemos obtenido nada concreto de ella. Sin embargo, hemos podido observar que la señorita Fox se siente inquieta, como si adivinase algún peligro.

—No es mucho. ¿Es que nuestros worpols se sienten impotentes para hallar a Christopher, considerando que esté vivo?

—Hemos realizado miles de interrogatorios, señor. Seguimos docenas de pistas, que al final resultaron infundadas o se desvanecieron en la nada. Tenga la seguridad, señor presidente, de que hemos puesto todos nuestros recursos y nuestro interés en encontrar al señor Fox, pero ha sido inútil.

Spencer y Gudsen se reunieron aquella misma noche en un local privado.

—Me siento confundido, profesor —declaró el presidente de la WAFDA—. No podemos olvidar que el planeta Tierra corre un gravísimo peligro. Y mientras tanto, nosotros nos sentimos impotentes para hallar una solución.

—Opino como usted —afirmó el geofísico—. El asunto me inquieta. He pensado en Fox. Y le he relacionado inmediatamente con el World Club. Si volvemos atrás en el tiempo, tenemos que recordar que Fox pronunciaba una conferencia tras otra antes de organizar el World. En realidad, la opinión le tomó por un parlanchín impenitente, pero he analizado el contenido de sus declaraciones y he llegado a la conclusión de que Fox no es un visionario, sino un investigador nato, aunque con tendencia a la aventura y a todo lo insólito. Como le

decía, Fox dejó de pronunciar sus conferencias en cuanto se formó el World Club.

—Pero usted, profesor, ha llegado a alguna otra deducción...

—Sí. Sospecho que el nacimiento del World y el silencio de Christopher Fox durante los últimos tres meses guardan alguna estrecha relación. Pero hay algo más.

—¿De qué se trata? —Spencer escrutaba con ansiedad las cuadradas facciones de Knut Gudsen.

—He podido comprobar que el World Club supone un círculo cerrado. Todos cuantos pasan a ser socios de él se tornan callados, mudos, herméticos.

—Es cierto —asintió el presidente de la WAFDA—.

Conozco a varios de los socios y he visto cómo han cambiado de carácter.

Estaban lord Curtis, el general Chlander, lord Greented, el banquero Morgan..., todos ellos amigos íntimos de Arnold Spencer, y socios del World desde primeros de enero de 1998.

—El carácter de todos ellos ha cambiado radicalmente. No acuden a los clásicos clubs de Londres, no asisten a fiestas, a las carreras o a cualquier otra manifestación social. Se han encerrado en sus mansiones y no reciben a nadie. Ni siquiera a mí —manifestó mister Spencer, con evidente gravedad.

Gudsen cargó su pipa con excelente tabaco holandés, la encendió cuidadosamente y lanzó al aire una bocanada de humo azulado.

—Sí. Hay algo sumamente raro en cuanto rodea al World Club. He podido comprobar por mí mismo que se rodean de toda suerte de precauciones y seguridades.

—En efecto. Yo mismo, personalmente, traté de penetrar en el World de Londres. Dos vigilantes jurados me rechazaron, cortésmente, sí, pero con toda firmeza. Nuestros worpols han fotografiado el edificio y realizado una cuidadosa y completísima investigación.

—¿Con qué resultado? —quiso saber el profesor Gudsen.

—Se trata de una modernísima construcción en hormigón armado, sin

ventanas ni otros orificios que los precisos para dar salida a los humos de cocinas y calefacción. En pocas palabras: una verdadera fortaleza, perfectamente custodiada, donde sólo pueden entrar los socios del World. Cuenta con una vigilancia de veinticuatro horas al día que llevan a cabo relevos de diez policías jurados y... armados. Todo ello, dentro de la ley, por supuesto. Pero ¿no se le antojan insólitas tantas precauciones en un simple club de recreo?

—Desde luego. Y todo ello nos lleva a una deducción concreta: los fines del World Club no son simplemente los de ofrecer diversión y placer a sus socios, sino otros muy diferentes. .

—Pero ¿cuáles? —inquirió Arnold Spencer, exasperado.

—Me gustaría saberlo, señor presidente, pero no puedo ofrecerle la solución. Sin embargo, existen, en todo cuanto nos atañe, varias líneas convergentes. A saber: nuestro descubrimiento de los mensajes extra terrestres en el Ártico y Antártico, que nadie puede descifrar. Nuestro interés por encontrar a Christopher Fox, la única persona capaz de interpretar los mencionados mensajes; la desaparición de Fox y, por último, los misteriosos e inescrutables fines del World Club.

—Sí. Es todo muy confuso e inexplicable. Y en tal caso, creo que nuestro único objetivo debe consistir en encontrar a Fox. Por desgracia, nuestros mejores hombres, los worpols, han fracasado. ¿A quién podríamos encomendarle una misión prácticamente imposible? —se desesperó Spencer.

Gudsen, que había permanecido en clara actitud reflexiva, se alzo vivamente de su asiento.

—¿Se siente bien, profesor? —preguntó Spencer, asustado.

—¡Mejor que nunca, querido presidente! Creo que acabo de encontrar al hombre capaz de traemos a Christopher Fox —respondió Gudsen, muy agitado.

CAPÍTULO III

La prisión de Hangmoor cobijaba —a mediados de marzo de 1998—

una población de seiscientos reclusos.

Hangmoor estaba reservada exclusivamente a aquellos delincuentes cuya recuperación para la sociedad se había demostrado prácticamente imposible.

Ladrones y atracadores impenitentes, estafadores de las cinco partes del mundo, asesinos, gángsters, chantajistas, secuestradores y reos de abominables delitos de toda laya eran confinados en Hangmoor.

La penitenciaría estaba rodeada de toda suerte de precauciones para impedir la fuga de tales criminales, como controles y alertas electrónicos, fosos dotados de células electrónicas que inmediatamente acusaban el paso de un ratoncillo, y una fuerte y disciplinada vigilancia.

Por supuesto, en Hangmoor, los presos no podían utilizar dinero. Había unas tarjetas de cartulina con un valor nominal que les servía para adquirir tabaco o refrescos, pero nunca bebidas alcohólicas.

Pero en Hangmoor, los presos, violando todos los artículos del reglamento penitenciario, manejaban dinero y adquirían —por algún misterioso conducto— toda clase de licores.

La «calidad» de los habitantes de la penitenciaría provocaba a menudo violentas reyertas y plantes, que tenían que ser sofocados por medio de los gases lacrimógenos, el castigo físico e incluso las armas de fuego.

Y allí, precisamente en el centro de tal comunidad patibularia, se encontraba Ronald Chester.

La historia de Chester era muy pintoresca.

En su adolescencia, había sido el más hábil y rápido descuidero de todo el *Soho*.

Tan hábil, que jamás pudieron prenderle en flagrante delito. Y aunque sufrió algunas cortas estancias en los reformatorios ingleses, nunca pudieron hallar pruebas fehacientes contra él.

A los dieciocho años, Ronald Chester organizó una timba clandestina en un sótano de una calle tan céntrica como *Regent Street*.

En tres meses ganó un millón de libras… que se gastó alegremente en el verano de 1987 en la organización de un crucero a través del

mundo. Curiosamente, en aquel crucero sólo viajaba un hombre —aparte de la tripulación—: Ronald Chester. El resto de los componentes del viaje de placer eran mujeres. Y otro dato curioso: todas muy jóvenes, elegantes y hermosas.

Por desgracia, cuando volvió a Londres y trató de continuar con el negocio de *Regent Street*, el inspector Daniels, de Scotland Yard, le estaba esperando.

Chester recibió un oportuno soplo y decidió no volver por *Regent Street*, y el inspector Daniels le esperó inútilmente durante años.

Entretanto, y con el fin de borrar toda huella, Ronald falsificó numerosos documentos indispensables para ingresar en la Academia Militar.

No había llevado a cabo otros estudios que los azarosos e irregulares de su educación general básica... A pesar de lo cual, obtuvo su despacho de oficial como número uno de la promoción.

Antes de ascender a capitán, RonaId Chester vivió un sinfín de aventuras a través de todos los mares y continentes conocidos.

En el Casino de Montecarlo ganó una noche seiscientos millones de francos. Pero en tres noches siguientes perdió los seiscientos y otros cuatrocientos.

El teniente Chester fue detenido por la policía francesa y encerrado en una prisión militar.

Era una situación extrema para Chester, pero el Departamento M-2 del Espionaje británico le salvó del apuro, por la sencilla razón de que lord Christian Dudley, jefe del Departamento necesitaba por entonces a un agente tan... ingenioso y decidido como el teniente Ronald Chester.

Durante dos años, Chester realizó su trabajo de espionaje en Rusia.

Con una inventiva insuperable y una sangre fría a toda prueba, Ronald llevó a cabo asombrosos servicios al otro lado del Telón de Acero, con la descripción de los cuales podrían escribirse varios increíbles libros de aventuras.

Sin embargo, aparte de aventurero, elegante y efectivo, Ronald Chester era un romántico y un enamoradizo impenitente.

Y así, en las habitaciones privadas del hotel Konneskaya, de Moscú, sucumbió a los atractivos —innegables y abundantes desde luego— de una bailarina rusa llamada Katerina Yllashowna, a la que Ronald llamaba familiarmenre Katy.

Katy, fina, etérea y esbelta como una garza, de ojos negros y profundos, capaz de fundir el hielo de los Urales y los Cárpatos de una sola mirada… era agente de la KGB[2].

Katerina Yllashowna le entregó lindamente a los hombres del KGB. No le importó que los agentes del espionaje soviético les sorprendieran a ambos —Chester y Katerina— una cama del hotel Konneskaya.

Como ella misma dijo en cuanto saltó del lecho: —Los intereses del Estado están por encima de nuestros sentimientos, querido Ronald. ¡Suerte, amor mío! y desapareció.

A partir de aquel momento, el M-2 británico dio por perdido a su mejor agente: Ronald Chester.

Pero no debían conocerle bien. Porque Chester reapareció un año, después en Casablanca (Marruecos), como flamante director propietario del lujosísimo parador club *Holidays-on-Heaven*[3], frecuentado y preferido por la aristocracia mundial de las finanzas e incluso por las más rutilantes estrellas del cine internacional.

El Departamento M-2 británico trató de atraerle nuevamente a su seno en cuanto tuvo noticias de su «milagrosa» resurrección, pero Chester se sentía muy satisfecho en las cálidas tierras de Marruecos y rehusó amablemente tal ofrecimiento.

Sin embargo —y a pesar de que oficialmente era un desertor del Ejército—, Ronald tuvo la osadía de presentarse en Londres. Su objetivo no era otro que gestionar la inauguración de un nuevo club *Holidays-on-Heaven* a la británica.

El jefe del Departamento M-2 se disgustó mucho al conocer la noticia y ordenó que le detuvieran.

Nuevamente el hecho de tener amigos en todas partes le sirvió para huir antes de ser apresado por los agentes de espionaje ingleses.

Pero cuando volvió a Marruecos, se encontró con la desagradable novedad de que el Gobierno marroquí había nacionalizado su parador club de Casablanca y la policía le buscaba activamente, bajo una acusación de espionaje a favor de la Gran Bretaña.

No tuvo otra opción que robar un reactor de las Reales Fuerzas Aéreas Marroquíes y emprender la fuga.

Tomó tierra en Barbados, vendió el avión a unos especuladores, y con el botín conseguido se perdió en América del Sur.

Un año más tarde se le vio en Chile. Había fundado una empresa dedicada a organizar una flota atunera. Había quien aseguraba que Ronald Chester había conseguido vanos millones de dólares como producto de la venta de acciones.

Aunque todo era producto de su inventiva y Chester había organizado el tremendo tinglado sin un centavo en el bolsillo, lo cierto es que la flota pesquera Chester & CO., comenzó a funcionar pocos meses después.

Probablemente, hubiera terminado sus días en Sudamérica si al general Armando Durán no se le hubiera ocurrido pensar que Chile llevaba ya cinco años con el mismo Gobierno, y aquello era excesivo.

El golpe militar de Durán lo cambió todo para Ronald Chester. Sus bienes y barcos fueron confiscados por las nuevas autoridades y el inglés fue declarado «explotador del pueblo» y puesto en las listas de busca y captura.

Entre caer en las manos de Durán o en las del M-2 británico, Chester prefirió la última solución.

Y así, antes de que la policía gubernamental chilena le sorprendiese, se refugió en la Embajada Británica.

Tuvo que pasar muchos meses en el limitado encierro que suponía la Embajada antes de que, clandestinamente, el embajador consiguiese introducirlo en un *jet* y pasaportarlo hacia Inglaterra.

Por supuesto, en el aeropuerto internacional de *Heatroow* les esperaban los agentes del M-2.

A pesar de todo, lord Dudley le ofreció una alternativa:

—Prometa comportarse razonablemente y volverá a pertenecer al Departamento M-2 —fue la propuesta—. Serán olvidados todos sus errores, a cambio.

La respuesta de Chester fue sorprendente.

—¿Le han dicho alguna vez que tiene usted una curiosa cara de salmón ahumado, lord Dudley'?

Aquello decidió la cuestión, pues Dudley le entregó a los tribunales y permitió que sobre Ronald Chester fueran amontonándose las denuncias de la Interpol.

Durante un año permaneció en una prisión cerca de Londres. Y finalmente compareció ante la corte.

La vista de sus numerosos procesos duró unos dos meses, y tras ser declarado culpable de innumerables estafas y delitos sin cuento, sir Randolph, el presidente del tribunal le ordenó ponerse en pie:

—Por desgracia, hace ya muchos años que la pena de muerte fue abolida en nuestro país, señor Chester. Pero sus cuatrocientos cincuenta años de condena permitirán que Inglaterra se vea libre de la peor plaga que haya conocido por una larga temporada. ¡Llévense al condenado!

Ronald Chester fue trasladado a Hangmoor, en el interior del país.

La penitenciaría estaba situada en el centro de un vastísimo y desolado páramo agitado por los crueles vientos del Norte y rodeada de pestíferos pantanos y lodazales que convertían aquella zona en un lugar insalubre y mortífero.

Sólo una cosa molestó terriblemente a Chester durante los primeros meses. Su sensible olfato sufría intensamente con el hedor que despedían los cuerpos de sus camaradas presos y toda la prisión.

Con el tiempo llegó a acostumbrarse, no obstante, y pronto se convirtió en un personaje y, al cabo, en el líder indiscutible.

Subrepticiamente, Ronald escribió sus memorias en tres gruesos tomos que contenían la «dinamita» suficiente como para convertirse en bocado apetitoso para las principales editoriales.

Los presos de Hangmoor sólo podían ver a sus familiares más directos: esposas, padres, hijos y hermanos, y ello solamente una vez al mes.

A pesar de lo cual, muy pronto Chester ocupó un lugar en el locutorio, mañana y tarde, casi todos los días.

Había varias empresas interesadas en adquirir sus memorias. Y Ronald eligió sutilmente la que más ofreció: La *Cosmos Press Inc.*, que puso a

su disposición un millón de libras esterlinas.

Para un hombre como Chester, un millón de libras no era una cifra excesiva, pero comprendió que con aquel dinero las largas jornadas de prisión serían menos duras y miserables.

Su indudable talento le permitía placeres que no estaban al alcance de los demás reclusos.

Por ejemplo: en una ocasión convenció a uno de los más duros y crueles de los guardianes de la prisión para que le trajera a la joven cocinera del director de la penitenciaría a su propia celda.

La jovencita aceptó mil libras y se disfrazó de guardián de la prisión con tanto arte, que ni los propios funcionarios penitenciarios pudieron observar el menor detalle sospechoso.

Desde luego, tratándose de Ronald Chester, es de suponer que no hizo venir a la jovencita a su celda sólo para que le preparase la comida…

Los reclusos de Hangmoor componían entre sí una especie de mafia penitenciaria. Sus oscuros y secretos manejos hacían posible tanto la obtención de licores como que un guardián fuera suspendido de empleo y sueldo por seis meses.

Y el cerebro que dirigía aquella mafia no podía ser más que uno: Ronald Chester.

En su celda —perfectamente aseada y dotada de algunos muebles extras— había siempre una botella del mejor whisky escocés, deliciosos manjares en conserva y toda una biblioteca formada por las publicaciones y revistas más perseguidas por la organización penitenciaria.

Pero era inútil tratar de registrar la celda de Chester. En cuanto un funcionario novato —quizá escamado— lo intentaba, inexorablemente se producía un plante en las galerías. Gritos, alaridos, puñetazos y broncas sin fin, obligaban al guardián a olvidar el registro y salía corriendo a tratar de poner orden en la galería.

Si se trataba de un guardián obstinado y volvía después a registrar la celda, no encontraría ninguna cosa que no fuera permitida por el reglamento penitenciario.

Oficialmente, decir Hangmoor para los delincuentes era como mencionar el Quinto Infierno, la más detestable de las prisiones.

Pero, como vemos, Ronald Chester se desenvolvía bastante bien allí.

CAPÍTULO IV

El día veintiuno de marzo de 1998, Ronald Chester fue avisado de que tenía una visita.

¿Quién podría ser?

Había cedido la insistencia de los editores desde el momento en que Chester vendiese sus memorias a la *Cosmos Press*, aunque de cuando en cuando seguía recibiendo la visita de algún periodista importante o agentes de editoriales que acariciaban la idea de enriquecerse a costa de algún nuevo libro de Ronald Chester.

Porque es necesario decir que la primera edición mundial de sus Memorias se había agotado en menos de veinticuatro horas..., a pesar de una tirada que ascendía a tres millones de ejemplares y sólo en idioma inglés.

Ronald Chester se vistió pausadamente su mejor y planchada chaqueta de uniforme de penitenciario, se peinó con todo cuidado y, abandonando su celda, acompañó al vigilante Farrow a través de pasillos y rejas de treinta metros de altura y considerable solidez.

Penetraron en el locutorio y Ronald ocupó un asiento libre en el vacío estrado, frente al cristal irrompible que separaba a los presos de sus visitantes.

Miró con curiosidad al caballero que estaba al otro lado, pero no lo reconoció.

Entonces tomó el auricular que le permitía comunicarse con su visitante y dijo:

—Bien venido, señor. No le conozco. Pero puede usted empezar cuando guste.

—Me llamo Arnold Spencer y soy el presidente de la WAFDA. ¿Ha oído hablar de la Agencia Mundial para la Prevención de Desastres?

Ronald negó cínicamente…, aunque conocía perfectamente a la WAFDA y sus funciones gracias al receptor miniatura de radio —semejante a una antigua moneda de media corona— que le había regalado el agente de la *Cosmos Press*.

Spencer le explicó pacientemente los fines de WAFDA, y Chester le escuchó en silencio con no menor resignación.

—Dígame, mister Spencer. ¿Por qué motivo se ha tomado la molestia de visitar a un despreciable habitante de Hangmoor? —preguntó Ronald, cuando el presidente de la WAFDA hubo terminado su charla aclaratoria.

—Usted puede serlo todo menos despreciable, querido Chester —respondió Spencer, con evidente admiración.

—Eso es muy halagador, señor, pero no responde a mI pregunta.

—La WAFDA necesita a un hombre como usted, Chester. He venido aquí con el fin de convencerle. Y en cuanto a la persona que me habló de usted, se trata del profesor Knut Gudsen.

Ronald se alzó de un brinco, gratamente impresionado.

—¡Gudsen! ¿Dónde anda mi viejo amigo? Creo que hace siglos que no le veo —exclamó—. ¿Qué hace ahora, dónde está, en qué rara búsqueda se ocupa actualmente? ¡Gudsen, Gudsen, cuántas veces le he recordado desde esta prisión!

—Gudsen pertenece a la WAFDA, y ambos nos ocupamos del mismo grave problema. En fin, Chester: poseo autoridad para prometerle la libertad inmediata y la anulación *sine die* de todas sus condenas.

—¿A cambio de qué?

—De su ingreso en la Worpol, unidad dependiente de la WAFDA —respondió Arnold Spencer.

—¿Algo así como espionaje?

—No, exactamente. Pero sí se trata de una actividad sumamente peligrosa, si eso le interesa.

Ronald sacó un cigarrillo de una pitillera de oro y encendió uno cuidadosamente.

—¿Qué responde? —inquirió Spencer, impaciente, viéndole en actitud

reflexiva.

Chester movió la cabeza en respuesta negativa.

—Gracias, señor, pero he decidido descansar durante una temporada. Además, apenas llevo tres años en Hangmoor. Desde luego, confieso que mis planes eran abandonar este lugar en un plazo prudencial de tiempo, pero no tan rápidamente.

Spencer le miró con incredulidad.

—Pero ¡esto es la cárcel! Y Hangmoor no tiene muy buena fama —observó.

—No lo crea. Esto es paz y lo demás es tontería.

Créame, señor, no he conocido un lugar donde la reflexión rinda más fruto. Aquí puedo relajar mis nervios, olvidar tanta hartura de emociones y dedicarme a la meditación y al recuerdo.

—¿Renuncia, pues, a la libertad? —preguntó Spencer, al borde de la impaciencia.

No podía entender que Chester, condenado a casi quinientos años, rehusara gozar de inmediata libertad, cuando en Hangmoor le aguardaba, probablemente, la reclusión perpetua.

Durante un minuto largo, el presidente de la WAFDA contempló —entre escéptico y admirado—, al hombre que vestía un pulcro uniforme penitenciario y fumaba su cigarrillo rubio con el estilo de un aristócrata.

Examinó con toda atención a Chester.

Detalló sus cabellos rubiáceos, perfectamente peinados, la frente abombada, la nariz delgada y bien formada, los ojos azules, muy intensos, las mejillas perfectamente rasuradas, la boca de labios delgados y muy expresivos, el mentón firme, el cuello largo, musculoso y bien proporcionado y los hombros anchos y atléticos.

No había ninguna línea grosera ni dura en aquellas facciones. Si acaso, el fruncimiento de los labios y el cuadrado mentón denotaban firmeza.

Todo lo demás destilaba agudeza, amabilidad, elegancia e inteligencia.

Arnold Spencer sabía todo lo necesario acerca del pasado de aquel hombre. Y ahora, viéndole y estudiándole cara a cara, comprendió que

Ronald Chester era el hombre que la Worpol necesitaba.

Chester era un hombre sano física y mentalmente y poseía la iniciativa, el vigor, la decisión y la sensatez necesaria al caso.

Debía buscar argumentos suficientes para convencer a aquel hombre que le miraba honradamente a los ojos, sin pestañear.

Y lo intentó:

—Bien, si ésta es su decisión, querido Chester. La aceptaré, si no queda más remedio. En el fondo, creo que usted tiene un tanto de razón. Quizá a todos nos conviniera pasar una temporada en prisión. El aislamiento y la soledad nos convencerían de lo inútil de nuestra presunción y nuestra soberbia…

—Venga aquí, conmigo —le invitó Ronald, burlón.

Pero la burla apenas podía adivinarse en el destello de sus ojos azules —. Le prometo, señor, que me ocuparé de que su estancia en Hangmoor no sea tan desagradable como, sin duda, está Imaginando.

Spencer rió, a su pesar.

—De sobra sé que posee usted facultades para desenvolverse bien, incluso en prisión, Chester. Pero no puedo acompañarle.

—¿Por qué? Bastaría con que cometiera un desfalco de quinientas mil libras —respondió el recluso.

—Quizá lo piense… cuando termine el trabajo que llevo entre manos. Sinceramente, Chester, creo que me fié demasiado del entusiasmo demostrado por el profesor Gudsen cuando afirmó que usted no me defraudaría.

Ronald le miró, intrigado. El aspecto del presidente de la WAFDA era ahora severo, casi austero. Y destilaba preocupación.

—¿Por qué no se explica mejor, señor? Le escucho —dijo el preso.

La mirada de Ronald detalló las bolsas debajo de los párpados de Spencer, las arrugas profundas de su frente y su aspecto macilento y fatigado.

Y entendió que aquel hombre cargaba con una responsabilidad superior a sus fuerzas.

Spencer enderezó su espalda, respiró profundamente y dijo:

—Ignoro si mi condición de presidente de la agencia WAFDA me confiere autoridad suficiente para hablar claramente con usted, Chester. Pero de todas formas voy a hacerlo. Y mis argumentos se resumirán en una sola frase: la humanidad se encuentra abocada a la desaparición si no se produce un milagro. ¿Quiere escucharme?

—Desde luego —respondió amablemente Ronald. Y escuchó sin pestañear las palabras de Spencer.

Cuando éste terminó de hablar, algo había cambiado en la indolente actitud del recluso.

—¿Y bien? —preguntó al cabo Spencer, sin disimular su ansiedad.

—Pues... digamos que empiezo a enmohecerme aquí, en Hangmoor. Sentiré separarme de mis camaradas y aplazar mis meditaciones en solitario, pero estoy dispuesto a integrarme a los worpols —declaró. Y sonrió—. En cualquier caso, siempre me resultará fácil volver a este lugar, ¿no cree?

La sonrisa de Spencer fue ahora más amplia y diáfana.

CAPÍTULO V

Ronald Chester asistió a la reunión elegantemente ataviado con un traje gris bien cortado, un fino suéter «cuello de cisne» y unas gafas de gruesa montura que le daban un aspecto muy intelectual.

En el salón reservado del Country Club le aguardaban el profesor Gudsen y el presidente de la WAFDA.

Después de saludarlos, Ronald se sentó frente a ellos, aprobó la decoración de la pieza con un gesto casi imperceptible y dijo:

—¿La documentación?

Spencer puso sobre la mesa un pasaporte.

—Aquí está. Pertenece a sir Nicholas Durrey, que acaba de morir hace

unas horas en accidente de automóvil. Todo se ha llevado a cabo en el mayor secreto y sólo se ha cambiado la fotografía de sir Nicholas que, por cierto, se parecía asombrosamente a usted, Chester.

—Dios le haya acogido en su seno —pronunció piadosamente Ronald. Y abrió el pasaporte y memorizó rápidamente los datos más importantes—. Bien, señor —Ronald miró fugazmente al presidente—. Estoy esperando sus instrucciones.

—Bebamos algo, antes. La última sesión de la WAFDA casi ha terminado con mis nervios. ¿Qué va a tomar, Ronald?

—Jerez seco, cosecha 1960 —respondió. Y encendió un cigarrillo.

El camarero llegó un segundo después y mister Spencer le dio el encargo y pidió un whisky para Gudsen y otro para él mismo.

Sólo cuando las bebidas estuvieron servidas y el camarero desapareció, el presidente tornó a hablar.

—Creo que el mejor camino para usted será entrar en contacto con Geraldine Fox, la hija de Christopher Fox. La actitud de miss Fox llamó la atención de nuestros worpols. ¿No cree interesante conseguir la confianza de Geraldine Fox?

—Desde juego. Pero también tengo una idea propia al respecto —respondió Chester, y se llevó la copa a la nariz, olfateó el vino como un experto, probó un trago y chasqueó la lengua.

—Explíquese, Ronald —pidió Spencer.

—Es fácil: haciéndome pasar por sir Nicholas Durrey, un rico terrateniente inglés, no me sería difícil ingresar en el World Club. La WAFDA tendrá que desembolsar un millón de dólares, pero mi calidad de socio me permitirá frecuentar los clubs World de todo el mundo y también el contacto con la hija de Fox.

Gudsen le miró inmediatamente, suspicaz. —Ronald… ¡no estarás pensando volver a las andadas! —exclamó.

—¿Piensas que trato de estafar un millón de dólares a la WAFDA? ¡No, por Júpiter! ¿Cómo se te ha ocurrido semejante idea? Ronald Chester también sabe obrar con honradez.

—De acuerdo, Ronald —asintió Spencer, rápido—. Yo confío en usted, por completo. Pondremos a su disposición el dinero necesario para

obtener su ingreso en el World Club y la WAFDA le protegerá con toda su poder. Sólo ponemos una condición: que nos traiga a Christopher Fox.

Ronald alzó una de sus cuidadas manos y se acarició, pensativo, la barbilla.

—Pero Fox puede negarse a venir conmigo por las buenas. En el caso de que logre dar con su paradero...

—Por las buenas o por las malas, necesitamos a Fox. El mundo entero le necesita.

—Eso significa que si Fox se niega, deberé raptarle —insinuó Ronald.

—Sí —respondió categóricamente Arnold Spencer.

* * *

En Londres —como en las principales ciudades del mundo— las calles aparecían desiertas, solitarias.

Apenas se veían automóviles, excepto los destinados al servicio público. Pero los autobuses circulaban casi todos.

Mientras se dirigía al aeropuerto en un automóvil de la Worpol, Ronald Chester reflexionó sobre ello.

¿Qué estaba ocurriendo en el mundo?

El pavor se había apoderado de las gentes. Las masas se veían dominadas por la incertidumbre, la angustia y el miedo.

Los ministros de todas las religiones utilizaban la radio, la televisión y cualquier otro medio de divulgación para exhortar a los fieles a la penitencia y a la oración.

—¡Preparad vuestras almas! ¡El Fin del Mundo está próximo! Despojaos de vuestras riquezas y preparaos a la expiación —era el sonsonete que podía escucharse constantemente si uno conectaba la radio.

Se acercaba el año 2000. Y, como ocurriera un milenio antes, la

superstición había hecho presa en las muchedumbres y el pánico se apoderaba de todos.

Las calles estaban vacías porque las gentes se refugiaban en sus casas y, principalmente, en los templos.

Incluso los descreídos y los ateos se veían repentinamente dominados por una fe ardiente y desesperada.

Muchos repartían todas sus riquezas y recorrían las calles vestidos con un tosco sayal de arpillera y marchaban a las montañas y se refugiaban en una caverna, haciendo vida de eremita.

Otros, aunque creyesen a pie juntillas en el cercano final, preferían agotar sus fortunas de otra forma: se refugiaban en los clubs, en alegres locales de diversión o en prostíbulos lujosos, donde en compañía de las más bellas jovencitas, se entregaban a la última bacanal.

Era como el preludio del Apocalipsis.

La mayoría habían abandonado sus negocios, las industrias habían cesado de producir riqueza y los agricultores dejaban sus campos y sus ganados, como si verdaderamente el final fuera inminente.

Por fortuna, todavía quedaba un puñado de hombres y mujeres razonables, con sentido práctico, que se afanaban en seguir sobreviviendo por encima de los más sombríos augurios.

El ejército, la policía y los servicios sanitarios continuaban atentos, dispuestos a seguir cumpliendo con su deber.

El coche que transportaba a Ronald Chester apenas tardó veinte minutos en alcanzar el aeropuerto, gracias a la escasa densidad del tráfico rodado.

El automóvil penetró en las pistas y se aproximó al veloz turbo-reactor que aguardaba a Chester.

Sólo dos hombres aguardaban al único pasajero: el piloto y su copiloto.

Ronald subió al avión, saludó a los dos tripulantes y se acomodó en el confortable living de a bordo.

Se sentía muy satisfecho: ya era socio del World Club.

En verdad, no había resultado tan fácil como en un principio supuso. Los del World habían tardado una semana entera en aceptar su solicitud.

Varios agentes del club habían llevado a cabo una inteligente y exhaustiva investigación sobre la personalidad de sir Nicholas Durrey. Pero finalmente el resultado debió ser satisfactorio para ellos, puesto que Chester había sido invitado a depositar su cuota de un millón de dólares y aceptado como socio de pleno derecho.

Sin embargo, no había conseguido profundizar en el misterioso objetivo principal del club.

Cierto que había sido informado de sus derechos: utilización y disfrute gratuito de todos los locales del WorId, participación en sus viajes y cruceros de placer y beneficiario de los resultados del Future Team.

¿Qué significado tenía aquello del Future Team, o Equipo del Futuro?

—Le informaremos satisfactoriamente cuando se cumplan treinta días de su ingreso como socio del club. En cuanto a todo lo relacionado con el Future Team, debemos exigirle severamente que no haga ningún comentario al respecto, a nadie. Si se demostrase que ha faltado al secreto que exigimos, sería apartado del World Club, sin otro derecho que la devolución de su cuota, menos una retención del diez por ciento.

Es decir, que a semejanza de los antiguos catecúmenos cristianos, Ronald no tenía derecho a conocer todas las verdades y misterios de la sociedad hasta que transcurriera aquella etapa de prueba.

¿Suponía tal prueba que desconfiaban de él?

—En modo alguno —le respondieron—. Se trata de una regla aplicable a todos los socios del club.

En uso de sus derechos, Ronald había visitado el World Club de Londres.

Y se sintió muy sorprendido al comprobar que el local estaba vacío.

Cierto que el servicio estaba perfectamente atendido por un personal eficiente y elegante, pero ¿qué clase de club era aquel que funcionaba para un solo socio?

Volvió al día siguiente, sospechando que sólo la casualidad había sido

culpable de la falta de animación en la velada anterior.

Pero ocurrió otro tanto: el club estaba vacío y solitario, a excepción de los camareros.

Si necesitaba una prueba concluyente de que los locales de placer del World sólo eran utilizados como tapadera, allí la tenía de forma decisiva.

El leve zumbido del turbo-reactor no molestaba a los oídos, pero propiciaba el sueño.

Era noche cerrada ya, según pudo comprobar Ronald mirando a través de una ventanilla. Poco a poco, quizá rendido por el cansancio, dejó que sus ojos se cerraran y se adormeció.

En el exterior, un gran jet que volaba silenciosamente descendió sobre el avión de la WAFDA muy despacio, pero con matemática precisión hasta situarse encima de él, apenas a veinte metros de distancia.

El fuselaje del jet, pintado de negro, hubiera sido imposible de descubrir en las tinieblas nocturnas.

Por otra parte, en la cabina del turbo-reactor de la WAFDA, Milton Harper el piloto, charlaba animadamente con su copiloto y no pudo advertir en la pantalla de radar la aproximación del avión intruso.

De la parte inferior del jet se desprendió algo.

Era un snorkel, una especie de manguera gigante y flexible, que descendió lentamente en el aire hasta que los palpadores magnéticos de su extremidad inferior se adhirieron fuertemente sobre una de las ventanillas del avión en que Ronald Chester viajaba a Estados Unidos.

Dos hombres que vestían mallas oscuras y protegían sus rostros con máscaras antigás, descendieron por aquella especie de «cordón umbilical» articulado que unía a los dos aviones.

Ronald Chester despertó sobresaltado al escuchar el estrépito producido al estallar el cristal de la ventanilla.

De un salto se puso en pie, al ver brotar del exterior las dos siluetas vestidas de negro.

La sorpresa de Chester favoreció a los intrusos. Antes de que el worpol consiguiera reaccionar, uno de ellos se puso en pie y le encañonó con

una pistola de extraña apariencia.

Ronald dio un temerario salto en el aire y sus dedos rozaron el brazo del intruso.

Pero de la pistola que empuñaba aquel individuo surgió un chorro de gas azulado que envolvió el rostro del worpol, que cayó sobre la moqueta del piso y quedó inmóvil.

Inmediatamente los dos desconocidos le alzaron del suelo y le hicieron pasar a través del hueco de la ventanilla.

Una fina y resistente cuerda de nylon fue pasada por su pecho y sus axilas.

Rápidamente su cuerpo fue izado a través del estrecho túnel articulado.

Los dos hombres que habían asaltado el turbo-reactor de la WAFDA se introdujeron en el snorkel, adaptaron sobre la rota ventanilla un grueso panel magnético, y se dejaron elevar hasta el avión pirata.

Instantes después, los palpadores magnéticos de la manguera fueron desactivados y el extremo sujeto al turbo-reactor se desprendió, se balanceó en el aire y se contrajo fácilmente sobre sí mismo hasta que el snorkel estuvo recogido a bordo.

El avión pirata se elevó en el aire y desapareció en la oscuridad de la noche.

Tres horas más tarde, Milton Harper ordenó a su copiloto que avisase a Ronald Chester de la inminencia del aterrizaje en una base aérea de la WAFDA en Estados Unidos.

Charles Hill penetró en el living y lo halló desierto. Muy alarmado, se inclinó sobre los fragmentos de vidrio desparramados sobre el piso, dirigió una mirada a la ventanilla rota y comprendió que algo insólito había ocurrido a bordo.

Treinta minutos después, mister Arnold Spencer era despertado en su domicilio por una llamada telefónica de larga distancia.

—Siento darle esta noticia, señor. Pero la verdad es que Ronald Chester ha sido secuestrado en pleno vuelo sobre el Atlántico.

El comedido y sensato presidente de la WAFDA pronunció una sonora

y rotunda maldición.

CAPÍTULO VI

Ronald volvió en sí, abrió los ojos, miró desconcertado a su alrededor y contrajo los músculos en violenta reacción.

—Tranquilícese, Chester. Nos hemos apoderado del arsenal que llevaba encima. No tiene la menor posibilidad contra nosotros.

Ronald se volvió y miró a la persona que había hablado.

El estupor se reflejó en sus facciones al contemplar a la bella y joven mujer que acababa de hablar.

Vio unos cabellos rojos, un rostro picaresco y sonriente y un cuerpo dotado de hermosas curvas muy bien proporcionadas.

Cuatro de aquellos individuos vestidos con mallas negras, pero desprovistos ya de sus máscaras, le vigilaban.

—¿Quién es usted? —preguntó el worpol, atónito.

—Soy Wanda Prentice, mi admirado Ronald Chester.

Supongo que eso no le dirá mucho, pero comprenderá mejor su situación si le digo que soy jefe del Grupo de Defensa del Future Team.

Ronald inclinó la cabeza ceremoniosamente y dijo, burlón:

—Gracias por su hospitalidad, Wanda. Pero no me creo tan importante como para provocar este aparatoso secuestro. Pienso que todo esto —dirigió una mirada crítica al interior del enorme aparato— es excesivo para mí. Un avión tan lujoso y potente debe costar muchos millones de dólares. ¿Por qué un gasto tan desorbitado?

Wanda Prentice le miró, desconcertada.

—Admiro su sangre fría, Ronald. Sin embargo, yo he decidido que usted merece toda nuestra atención. Ha sido seleccionado como

worpol número uno y enviado en misión especial a Estados Unidos. Naturalmente, pretendo averiguar qué le lleva a Norteamérica —pronunció cuidadosamente.

—Asombroso —comentó Ronald.

—Asombroso... ¿qué?

—Usted, que sabe tantas cosas, debiera estar al tanto también de todos los detalles relativos a esa misión —respondió tranquilamente el worpol.

—Mi grupo funciona bien, pero confieso que aún necesitamos perfeccionarnos. Pero hablemos en serio —los labios de Wanda se fruncieron en un rictus que significaba impaciencia—. Puede elegir entre hablar libre y voluntariamente o...

—¿O... ?

—Si es necesario, le inyectaré «Selftotal», querido amigo. Es una droga muy efectiva, que le permitirá hablar por los codos y dejará su cerebro prácticamente vacío. Le aseguro, Chester, que no sería muy agradable para usted. Cuando volviese en sí no sería capaz de reconocer ni a su madre.

Ronald se irguió un poco. Parecía enfurecido.

—Mi madre murió cuando yo apenas tenía catorce años. Un borracho la atropelló con su automóvil. No me agrada que mencionen a mi madre de modo tan banal —pronunció claramente.

Wanda Prentice se cruzó de brazos.

—Lo siento. Pero seamos prácticos, Chester. Usted pertenece a un bando y yo a otro muy diferente. Yo necesito saber en qué consistía su misión como worpol número uno, y usted puede decírmelo. ¿Prefiere hablar voluntariamente o... mediante la acción del «Selftotal»?

Ronald dirigió una mirada crítica a los cuatro hombres que permanecían en el saloncito de popa, vigilándole sin pestañear y con todos los sentidos alerta.

—Bien. Podemos hablar... los dos. ¿Por qué no ordena a sus esbirros que se larguen a otro lugar? No, no tema. Ustedes se han apoderado de mis armas. Verdaderamente, ahora, soy inofensivo.

Ella pareció dudar.

—De acuerdo —resolvió—. Salid de aquí, no os necesito. Yo me basto con este hombre. ¡Vamos!

Los cuatro individuos obedecieron sin rechistar y la puerta se cerró tras ellos.

Ronald relajó sus músculos y apoyó su espalda sobre el diván adosado al fuselaje del *jet*,

Durante unos instantes, sus ojos azules detallaron admirativamente la esbelta silueta de la mujer.

Tan intensamente, que ella, al cabo, se movió, nerviosa.

—¿Por qué me mira así? —preguntó, impaciente.

—Hablémonos de tú —propuso el worpol con todo descaro—. En cuanto a tu pregunta... Debo reconocer que eres perfecta. ¿Me creerías si dijera que siempre he soñado con una mujer como tú?

Wanda sonrió levemente.

—No puedo perder el tiempo contigo, Ronald Chester. Esto que tengo en la mano derecha es una pistola que dispara gases activísimos. Si por tu mente ha pasado la idea de atacarme, deséchala. Ni siquiera conseguirías tocarme.

—Pero me gustaría mucho —dijo el hombre, apasionadamente. Y añadió, amablemente—: ¿Por qué toda esa brusquedad y esa violencia más bien viril en una mujer tan atractiva como tú, Wanda? Vamos, relaja tus nervios, como yo mismo he hecho. En efecto, estoy en tus manos. Pero si tengo que rendirme a ti, confesar lo que sé, ¿por qué no podemos hacerla todo como... amigos?

Inmediatamente las facciones de la mujer se relajaron. Incluso parecía propicia a dejar su pistola sobre la mesita adosada que los separaba, pero finalmente la conservó en la mano izquierda.

—¿Amigos? —murmuró. Pero contra su voluntad, se sentía incapaz de esquivar la intensidad azul que se desprendía de los ojos del hombre.

—Es curioso —comentó Ronald, sin dejar de mirarla a los ojos un solo segundo.

—¿Qué? —murmuró ella. Y se dejó caer sobre el diván, a dos metros

del worpol.

—En tu compañía me siento feliz. Y no puedo explicármelo —pronunció Ronald, con cuidadosa lentitud—. Porque, al parecer, tú eres mi enemiga.

—Sí —asintió ella, prendida en los ojos del worpol. Sin dejar de mirada, Ronald introdujo una mano en el bolsillo interior de su trenka de cuero.

—Mis cigarrillos —dijo. Y dirigió una fugaz mirada a la pitillera de oro que estaba en la mesa, junto a su pistola y su cuchillo de aire comprimido—. ¿Puedo fumar?

Wanda se alzó del diván y dejó en sus manos la pitillera y el encendedor.

Ronald fue a acariciar su mano, pero ella la retiró vivamente.

—¡No me toques! —gritó.

—No te tocaré… si tú no quieres —respondió él, sonriente. Pero su mirada se posaba con fuerza hipnótica en los ojos dorados de Wanda Prentice.

Sacó dos cigarrillos y los encendió.

Alargó la mano y puso uno de los pitillos entre los labios de la mujer, que aspiró el humo con ansia y exhaló una bocanada.

La llama del encendedor de Chester seguía luciendo cuando se deslizó sobre el diván y se aproximó a Wanda Prentice.

—Es admirable —dijo. Y la miraba intensamente—. Tus ojos, tus facciones suaves, la delicadeza de tus labios… Todo ello está en absoluta contradicción con el cargo que ocupas en el Future Team.

—¿Por qué? —preguntó Wanda, prendida en los ojos brillantes y fijos del worpol.

—No pareces una mujer dura, cruel e inaccesible. Por el contrario, hay ternura y suavidad en tus ojos dorados. ¡Mira la llama del encendedor! En tus ojos se refleja la luz. Veo miles de chispitas… Observa cuidadosamente la llama. ¿No es cierto que tú no deseas violentarme…, matarme?

Los ojos de Wanda seguían dócilmente las evoluciones circulares que

Ronald imprimía a la llama de su encendedor,

—Reconócelo, Wanda. Tú no quieres matarme, No serías capaz —insistió el worpol.

Su voz era profunda, insinuante, sumamente persuasiva.

—No, no sería capaz —asintió ella.

Sus ojos dorados estaban estáticos.

Ronald apagó el encendedor y lo dejó sobre la mesa. Lo suponía —dijo.

Su mano izquierda se deslizó sobre el diván y sus dedos acariciaron la mano derecha de Wanda.

Luego, con suma suavidad, alargó la mano derecha, tomó la pistola de la mujer y se la guardó en un bolsillo.

Ni por un solo instante dejó de mirarla rectamente a los ojos, dominándola con la potencia magnética de su mirada.

Luego se aproximó a ella, la tomó por la cintura y la besó en los labios.

Ella se abandonó a las caricias como una niña. —Dime, Wanda, ¿dónde debía tomar tierra vuestro avión? —preguntó dulcemente, susurrando las palabras a su oído.

—Aeropuerto Reading, en Atlanta. Hay dos coches esperándonos —respondió ella como un autómata.

—Perfecto, pequeña —la animó el worpol—. ¿Falta mucho para llegar a Reading?

—Treinta minutos —habló la mujer, inexpresiva—.

Dos coches estarán esperándonos en el aeropuerto. —Buena chica —alabó Ronald. Y le acarició suavemente el lóbulo de una oreja—. ¿Cuántos de tus hombres viajan a bordo de este avión?

—Diez, aparte de los cuatro tripulantes del aparato —respondió Wanda, con asombrosa docilidad.

El worpol volvió a besarla con ardiente intensidad. —Necesito de tu colaboración, Wanda.

—Sí —afirmó ella, incapaz de apartar su mirada de los ojos azules de Chester.

—Espléndido. Creo que sería mejor desviar un tanto nuestro itinerario. Sería mejor descender en Washington —insinuó el hombre, besándola tiernamente en el níveo cuello.

—Aterrizaremos en Washington, si tú lo quieres —se avino ella.

—Ordena al piloto que cambie el rumbo. Pero ¡no, no te levantes de ahí! ¿Para qué? No es preciso que te molestes. Hay un intercomunicador empotrado en el fuselaje. Utilízalo. Dile al piloto que me has interrogado y que resulta aconsejable elegir otro lugar de aterrizaje. Descenderemos sobre Washington, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Ronald se alzó de su asiento y señaló el intercomunicador con un brazo extendido. Inmediatamente, Wanda se levantó, pulsó tres teclas en el aparato y comunicó su orden al piloto del avión.

A bordo, se percibió un leve bamboleo y el aparato cambió de rumbo, dirigiéndose hacia el norte.

—Wanda, mi amor, eres maravillosa —murmuró el worpol, tomando a la mujer por la cintura y atrayéndola hacia sí.

No suponía ningún esfuerzo besar aquellos labios cálidos, ni sentir vibrar a la bella mujer bajo sus dedos.

Wanda Prentice había caído en la trampa.

Segura de su fuerza y de la protección que suponían los hombres de su equipo, había descuidado evitar la mirada hipnótica de los ojos azules de Ronald Chester.

—Eres como cera blanda en mis manos —comentó Ronald, burlón. Y acarició levemente las mejillas femeninas.

—Sí —susurró ella, rendida.

Ronald consultó su reloj de pulsera de una fugaz mirada.

Faltaban veinte minutos para aterrizar en Washington.

Hubo un destello azul en los ojos profundos del worpol, que tomó una mano de la mujer y tiró suavemente de ella hasta que Wanda, siempre

dócil, se recostó en el diván.

—Eres bella, Wanda —exclamó. Y sus ojos recorrían, ávidos, la espléndida silueta femenina, abandonada sobre el diván.

—Sí.

—No me costaría mucho esfuerzo enamorarme de ti. Tu piel es lechosa, evanescente, pero cálida y perfumada.

—Perfumada —respondió Wanda, lejana.

—Eres joven y tu juventud emana vigor y ansiedad. Siento deseos de tomarte para mí.

—Tómame —susurró ella.

La besó de nuevo. Sabia y profundamente.

Pero Wanda, sin voluntad, no respondía a sus caricias.

Era un cuerpo bellísimo y mil veces deseable, pero Ronald no recibía de ella la respuesta afectiva apetecible.

Por un momento, el worpol estuvo a punto de ceder a la llamada apasionada de sus sentidos, pero finalmente, su innato buen gusto le impulsó a separarse de ella.

Había jurado entregarse a su misión por entero y aunque sólo fuese por una vez, debía cumplir rectamente.

Para Ronald Chester, el amor podía estar a la vuelta de cualquier esquina, pues su romanticismo acendrado le obligaba a buscar una aventura tras otra.

Pero Wanda Prentice podía ser muy útil a los intereses de la WAFDA, porque era lógico suponer que conocía muchos de los manejos secretos del World Club.

Ya se inclinaba sobre ella para formular una pregunta, cuando la escotilla que comunicaba con los restantes departamentos de la aeronave se abrió y dos hombres penetraron en el saloncito de popa.

—Nos encontramos cerca del continente, miss Prentice. Dentro de diez minutos descenderemos sobre Washington —dijo uno de ellos—. ¿Quiere que nos ocupemos de Chester?

Ronald giró el cuello —Y miró intensamente los ojos dorados de Wanda.

Había un urgente mensaje en aquella mirada autoritaria, puesto que no podía ahora dictarle su orden de palabra.

El cerebro de Wanda debió captar el mensaje, porque sin mirar a sus hombres pronunció:

—Yo me ocuparé de Chester.

Los dos hombres salieron del saloncito y Ronald tomó a Wanda por los hombros y prendió la atención de sus ojos.

—Ahora, escúchame bien, querida, porque es muy importante para mí que recuerdes mis instrucciones —le dijo.

—Sí.

—Vamos a aterrizar. Saldremos juntos. Tú tomarás tu pistola de gas y me apuntarás con ella de forma ostensible, pero no dispararás cuando yo me separe de ti.

—Sí.

—Quiero, te lo ordeno, que muestres una expresión fría y decidida, cuando estemos en compañía de tus hombres. ¿Me oyes?

—Te oigo —respondió Wanda, sumisa.

—Tú ordenarás a tus hombres que aguarden, me harás descender en primer lugar. Y cuando yo descienda por la escala, te volverás y dispararás tu pistola contra ellos.

Wanda Prentice se agitó, inquieta.

—¡Dispararás tu pistola de gases contra ellos! —exclamó Chester, y sus ojos se empequeñecieron hasta convertirse en dos chispas azuladas.

La agitación de la mujer cedió.

—Sí, así lo haré —accedió.

El worpol dejó escapar un suspiro imperceptible.

—¡Magnífico! —susurró—. Confío en ti.

Un momento después una luz roja destelló intermitentemente en el saloncito de popa.

—El avión va a aterrizar, Wanda —dijo Ronald—. ¿Recuerdas mis instrucciones?

—Sí —replicó ella.

Chester la miró por última vez.

Un sentimiento irresistible le obligó a abrazarla, a besarla cálidamente en los labios por última vez.

—Gracias por todo, Wanda. No te olvidaré —susurró a su oído.

Recogió su pistola y su cuchillo de aire comprimido y los guardó.

Luego empujó suavemente a Wanda y dijo:

—Adelante. Sígueme.

Puso la pistola de gas en la mano derecha de la mujer y caminó hacia la escotilla.

Diez hombres del Future Team formaban un círculo alrededor del portón de salida.

Todos ellos empuñaban armas mortíferas en las manos y le vigilaban sin pestañear.

Adivinando la tensión de aquellos individuos, Ronald hubo de contener un escalofrío de pánico.

¿Qué sucedería si algo suspendiera el estado de hipnosis en que había conseguida situar a Wanda Prentice?

CAPÍTULO VII

El portón de salida se abrió automáticamente.

A través del hueco, Ronald vio avanzar la escalera mecánica sobre

ruedas. Se oyó un leve chasquido y la escala quedo adosada a un costado del jet.

Miró de reojo a Wanda, que le apuntaba al cuello con su pistola de gas.

—Aguarden aquí —dijo ella con voz inexpresiva, dirigiéndose a los hombres que les rodeaban.

El círculo se abrió y Ronald avanzó hacia el portón. Descendió tres peldaños y se volvió hacia atrás.

—¡Dispara! —ordenó a Wanda, que le había seguido, obediente.

Ella se volvió y apretó el disparador de su arma. En el margen de escasos segundos, el worpol contempló la rápida escena: un chorro de gas azulado envolvió a los servidores del Future Team. Las piernas de aquellos hombres se doblaron y cayeron al suelo, sin exhalar un solo gemido.

Chester no aguardó un solo segundo. Porque de reojo había visto las siluetas de los dos estilizados automóviles eléctricos que aguardaban al borde de la pista.

—¡Buena suerte, amor! —exclamó.

Y saltó ágilmente por encima de la baranda de la escalera, cayó al suelo, se incorporó sin perder tiempo y corrió a través del tren de aterrizaje del *jet*.

A menos de cincuenta metros aguardaba el automóvil de servicio que había guiado el jet hasta la pista de estacionamiento, próxima a la terminal del aeropuerto.

Ronald cruzó la distancia que le separaba de aquel vehículo en una corta y fulgurante carrera.

De un salto alcanzó la cabina. El conductor y el operador de señales luminosas le contemplaban con desconfianza.

—¡Aprisa! —exclamó el worpol—. Un loco ha secuestrado ese avión y domina a más de veinte personas. ¿Qué esperan? ¿No comprenden que veinte personas están en peligro de muerte?

—Oiga, amigo... —empezó a decir el conductor.

Pero una metralleta comenzó a trepidar bajo el fuselaje del jet y sus

impactos perforaron las planchas del vehículo de señales.

—¿Se convence ahora? —gritó Ronald—. ¡Arranque!

—Pero…

—Tengo que ponerme en contacto con la policía y el jefe del aeropuerto. ¡Arranque! ¡Es una orden!

El hombre obedeció inmediatamente y el vehículo salió disparado hacia la terminal.

Detrás de ellos seguían resonando los disparos, pero el automóvil era rápido y pronto se situó a suficiente distancia.

Cinco minutos después, el coche se detenía bruscamente ante la terminal.

Ronald saltó al suelo, asomó fugazmente por la ventanilla de la cabina y aconsejó a los dos hombres:

—¡No se muevan de ahí! ¡Creo que vamos a necesitar su ayuda!

Se separo del vehículo y corrió hacia los ventanales de las dependencias destinadas a la policía del aeropuerto.

Un convoy de carretillas de transporte de equipajes se cruzó en su camino.

Chester saltó sobre un montón de maletas y se dejó transportar hasta la sección de bandas transportadoras.

Minutos después hacía una llamada telefónica a la delegación de WAFDA en Washington.

—Soy Ronald Chester. Envíen un mensaje urgente a mister Arnold Spencer. Díganle que estoy O. K., y él comprenderá. Entretanto, envíenme un automóvil al aeropuerto. Les estaré aguardando.

* * *

De algún lugar escondido brotaba una música lánguida, suave y rítmica que invitaba a dejar libre la imaginación.

Las paredes estaban insonorizadas y lujosamente tapizadas en terciopelo azul pálido.

La luz —indirecta, pero suficiente— ponía un toque de intimidad en el ambiente.

La barra era muy larga y describía tantos meandros como el Missisipi. Había algo más de una docena de personas de ambos sexos apoyados en ella.

Todos tenían un vaso o una copa en la mano y una pareja se abrazaba lascivamente en el extremo opuesto.

—¿Señor? —preguntó el camarero.

—Jerez seco, frío, cosecha 1960 —pidió Ronald Chester.

Abrió su pitillera, eligió un cigarrillo —el más perfecto y liso— y lo encendió con exquisito cuidado.

Dirigió una distraída mirada a las cabinas de la izquierda. Eran unos pequeños reservados muy íntimos, de paredes y suelo tapizados en amarillo dorado que contrastaba atractivamente con el imperante azul del resto.

Las cabinas estaban dotadas de dos divanes corridos laterales, una mesita alargada de madera de teka, y una luz suave y tamizada. Unas cortinas de terciopelo azul velaban parcialmente su interior.

Algunas de las cortinas de las cabinas estaban ya totalmente corridas y desde su interior brotaban risas y exclamaciones más o menos ortodoxas.

Pero en una de ellas podía verse claramente a la mujer que yacía de bruces sobre la alargada mesa.

El camarero volvió junto a Chester y le obligó a desviar la mirada.

—Lo siento, señor, pero nuestro jerez más viejo es del 65 —dijo el hombre, contrito.

—¡Qué remedio! —Ronald se encogió elegantemente de hombros—. Sírvame jerez del 65.

Su atención volvió en seguida a la ocupante de la cabina.

Sus cabellos negros caían, desparramados, sobre la mesa.

Apoyaba el rostro sobre un lado y podían verse parcialmente sus facciones. Finas, jóvenes, marfileñas, un tanto demacradas.

Su falda, recogida accidentalmente hacia las caderas, permitía ver un par de piernas admirables. Piernas largas, un prodigio de estética y de proporción.

Chester, que adoraba las cosas bellas, frunció los labios en un gesto de conmiseración.

«Ha bebido demasiado», pensó, cuando otra persona cualquiera hubiera imaginado: «Está borracha.»

Porque lo cierto era que aquella mujer, a pesar de su aire desolado, sostenía firmemente con su mano derecha una botella de ginebra, en la cual apenas quedaban tres dedos de licor.

—¡Pobre! —exclamó el worpol, compadecido.

Miró al camarero, que aguardaba muy cerca, y le preguntó:

—¿Quién es? ¿No cree que esa mujer puede necesitar asistencia médica?

El barman le miró, hierático.

—Oh, no debe preocuparse por ello, señor. Esa mujer viene aquí cada noche y se toma casi una botella de ginebra. Luego duerme durante dos o tres horas en esa misma cabina y deja quinientos dólares sobre la mesa. Nosotros sabemos, lo que tenemos que hacer: avisar un taxi y ayudarla a llegar hasta el coche. Siempre deja cincuenta dólares para el camarero.

—¿No sabe quién es? —insistió el agente de la Worpol.

—Todo el mundo lo sabe —respondió el Camarero—. Es Geraldine Fox, la hija de un hombre famoso. ¿No oyó nunca hablar de Fox, el astronauta? Dicen que Fox ha muerto. Quizá por ello su hija viene a emborracharse cada noche aquí.

—Pero esa muchacha puede morir de una intoxicación etílica —comentó Chester, muy interesado ya.

—También nosotros temimos algo semejante, los primeros días. Pero a miss Fox no le ocurre nada. Llega, bebe, habla consigo misma, discute con algún invisible interlocutor. Pero nadie le presta mucha atención.

La gente se ha acostumbrado a su presencia y a sus rarezas. Por lo demás, la verdad es que no molesta a nadie.

Ronald asintió.

—Eso parece, viéndola así —comentó.

Pero en su fuero interno se sentía vivamente alarmado por el lamentable estado que presentaba la hija de Christopher Fox.

Naturalmente, Chester no había llegado a aquel bar para millonarios por pura casualidad.

Desde su arribada —azarosa, por demás— al aeropuerto de Washington, había permanecido inactivo durante cuatro días.

—Tiempo suficiente para que Wanda Prentice y su Future Team se vuelvan meningíticos buscándome —fue su objetivo principal.

Había permanecido en un hotel-residencia para oficiales del ejército norteamericano enclavado al sur de la ciudad, en una zona tranquila y solitaria.

Había dado un nombre falso. Por lo demás, su experiencia militar le había resultado muy útil a la hora de hacerse pasar por un joven capitán de las *U. S. Air Force*.

A través del teléfono había realizado algunas gestiones que le habían dirigido directamente al *Veteran Club*, donde ahora se encontraba.

Su objetivo era la jovencita que se encontraba en una de las cabinas, amodorrada sobre la mesa por efecto de la botella de ginebra holandesa: Geraldine Fox.

Ronald sacó discretamente algunos billetes y los deslizó suavemente bajo la mano que el camarero apoyaba en la barra.

—No llame esta noche ningún taxi —dijo en un susurro—. Yo acompañaré a miss Fox a su casa.

El barman hizo desaparecer trescientos dólares con la habilidad de un prestidigitador.

—Mil gracias, señor —sonreía—. Pero permítame darle un consejo.

—Adelante —invitó el worpol.

—Geraldine Fox no es de ésas… No es una mujer fácil —dijo el hombre.

Ronald dejó escapar una corta y amable carcajada.

—¿Quién dijo tal cosa? Sólo trato de ayudar a esa mujer.

Ronald tomó su copa y se separó de la barra. El barman le siguió con la mirada hasta la cabina, pero finalmente se despreocupó del asunto.

En cuanto a Chester, tomó asiento en el diván frontero a aquel en que se apoyaba Geraldine Fox y dejó su copa sobre la mesa.

—Vamos, Geraldine —pronunció en voz alta y clara—. Levántate.

Se oyó algo semejante a un ronquido. Pero inmediatamente después, la joven se movió y levantó la cabeza.

Ronald quedó muy impresionado al contemplar de cerca aquel joven y bello rostro marcado por la acción del alcohol.

Detalló de una mirada el cutis marchito, las profundas arrugas, los párpados inflamados, los ojos congestionados y torpes, los labios entreabiertos, las manos temblorosas…

Sintió pena. Compasión y pesar profundo por aquella bella muchacha, prematuramente marchita antes de cumplir veinte años.

—¿Qué… quiere? —gruñó Geraldine, con voz estropajosa.

—Tomar una copa en su compañía —dijo Ronald, con el más amable tono y una sonrisa cordial en los labios.

—¡Váyase a… ! —barbotó ella, bronca.

—Discúlpeme. No voy a pronunciar frases como:

—«¡Vamos, nena!» o «No vayas a dártelas de estrecha!» —pronunció Chester, con un tono ligero y coloquial—. La verdad es que estoy terriblemente solo y no sé con quién charlar un rato. Le agradecería mucho que se aviniera a tomar una copa conmigo.

Geraldine le observó con una mirada extraviada y lejana.

Alzó la botella de ginebra, la volcó de forma aparatosa sobre su vaso, donde aún quedaban unos cubitos de hielo casi fundidos, y se llevó el vaso a los labios.

Bebió un largo trago y se estremeció.

Inmediatamente y sin que ella pudiera verle, Ronald escamoteó la botella y la hizo desaparecer.

Y entonces se enfrentó con la turbia mirada de los ojos negros de Geraldine.

—¿Quiere... quiere que hablemos? Pero... ¡si estoy... estoy borracha! —contesó con toda la sinceridad del mundo.

Ronald la miró con plena simpatía.

—Entre amigos —aproximó su cabeza a la de ella—, voy a contestarle que también... ¡hip!, estoy algo borracho —mintió.

Era un embuste piadoso, pero que inmediatamente surtió efecto positivo.

—¿Se... seguro? —balbuceó Geraldine, tratando de fijar su mirada.

—Se... seguro —afirmó Ronald—. Créame, yo no busco una fulana, aunque me sobran las oportunidades. Sólo necesito angustiosamente una cosa; hablar con un semejante. Quiero desahogarme, ¿comprende? Charlar y oír a mi compañero.... quiero decir, en este caso, a mi compañera.

Era sumamente convincente. Y la prueba estaba en que parte de la borrachera de Geraldine Fox se esfumó en breves instantes.

—Yo también —susurró, palpando sobre la mesa—. ¿Dónde está la botella? Bueno, tanto da. Yo también, amigo mío, necesito desesperadamente tener a alguien con quien charlar.

Ronald dejó escapar una corta y festiva carcajada.

—En tal caso, ¿qué hacemos aquí? Tengo... tengo un confortable apartamento en Hold Street. Allí estaremos muy bien. Y juro por Júpiter que no intentaré acostarme con usted, amiga mía —afirmó, imitando a la perfección el tono sincopado de Geraldine.

Ella le ofreció una mano fina y cuidada, pero vacilante y temblona.

—Soy... Geraldine Fox. Y me siento contenta de tenerle ahí... enfrente.

—Yo soy Nick Durrey —respondió Ronald, tomando aquella mano ardiente—. ¿Nos vamos?

—De... de acuerdo, camarada. Ale... alejémonos de... aquí —asintió ella.

Ronald rodeó la mesa, tomó a la muchacha por un brazo y la llevó hasta la puerta con el más elegante estilo londinense.

—¡Oiga..., Durrey! —balbuceó la mujer—. Para... para ser un borracho, es usted... extraordinariamente equilibrado..., sereno... y muy fuerte...

Ronald se detuvo en el vestíbulo.

Y la miró. La miró con ternura y con simpatía.

—En tal caso —dijo alegremente—, sólo podré tambalearme cuando no haya tomado una copa.

Y la guió con exquisito cuidado hasta su coche.

CAPÍTULO VIII

—Vayamos... vayamos a mi casa —dijo Geraldine cuando estuvieron dentro del coche de Chester.

—De acuerdo. Como prefiera —cedió el worpol—. ¿Cuál es su dirección?

—*Forest Avenue*, doscientos quince —indicó ella.

En realidad, Ronald conocía aquella dirección desde el día anterior.

Era la una de la madrugada y las largas calles y avenidas de Washington aparecían absolutamente desiertas. Sólo de vez en cuando se cruzaban con un automóvil o algún coche patrullero de la policía.

En Washington, el miedo a circular por las noches es ya algo proverbial. Miedo a los atracos, a los asaltos de las pandillas de gamberros; miedo a las violaciones, en las mujeres.

Si es peligroso circular —los maleantes motorizados se atreven incluso a interceptar otros vehículos—, circular a pie resulta casi una

provocación para los delincuentes que merodean por todas partes o aguardan en lugares fijos, a la espera de su presa.

Ronald Chester tenía alguna idea acerca de la peligrosidad del tránsito nocturno en Washington y por ello conducía a velocidad moderada y con todos los sentidos alerta.

Cuando torció a la izquierda para tomar la larga *West Street*, el incidente surgió de forma inopinada.

Ronald se vio obligado a pisar el freno a fondo para evitar atropellar al bulto caído en tierra, pocos metros más allá de un semáforo.

El coche se detuvo con un chirrido infernal de frenos y Geraldine Fox se bamboleó sobre su asiento.

—¡Dios mío, Nick! Voy... voy a marearme si sigue conduciendo de ese horrible modo —gimió, tapándose los labios con una mano.

—Calma, calma —Ronald le dio unos golpecitos en la espalda—. Lo siento, pero me he visto obligado a frenar. Hay un bulto caído ahí, delante. Parece una mujer joven. Y está… ¡está ensangrentada!

Ya se disponía a bajar el worpol, cuando Geraldine le sujetó por un brazo con fuerza.

—¡No baje! ¡Es una trampa! —gritó. Decía la verdad.

En aquel mismo instante, varios mozalbetes saltaron sobre el seto que circundaba el edificio más próximo y corrieron hacia el automóvil de Chester.

Y la joven accidentada se alzó de un salto del suelo y gritó algo a los demás gamberros.

Eran unos siete individuos, que inmediatamente rodearon el vehículo. Portaban navajas y gruesas estacas de béisbol y parecían muy decididos.

Ronald hubiera dejado escapar una carcajada de no encontrarse en una situación tan apurada.

Lo que hizo fue dar al contacto del motor. El coche era un precioso «Ford» Experimental, capaz de desarrollar cuatrocientos kilómetros por hora en una buena pista.

Por fortuna, los cristales de las ventanillas estaban alzados. Pero la chica «accidentada» saltó sobre el capot y alzó su bate de béisbol dispuesta a convertir en añicos el curvado cristal parabrisas.

Chester metió la marcha atrás y pisó el acelerador. El motor de inyección del coche rugió, furioso, y el vehículo retrocedió vertiginosamente.

La chica cayó del capot al suelo y rodó brutalmente, mientras otro de aquellos individuos era proyectado contra el seto.

Geraldine suspiró de alivio cuando el coche se apartó de los asaltantes. Algunos de ellos siguieron corriendo tras ellos, pero renunciaron a la persecución cuando el automóvil, siempre marcha atrás, alcanzó el próximo cruce.

Ronald frenó en seco, tomó la desviación y se alejó en sentido contrario.

—Deme… deme un cigarrillo, por favor —murmuró Geraldine.

Ronald le ofreció la pitillera y ella encendió dos pitillos y le ofreció uno.

Fumaron en silencio y ella dijo:

—¡De buena nos hemos librado!

—Sí, creo que esos tipos nos hubieran despojado de todo cuanto llevamos encima —asintió Ronald, todavía excitado.

Ella rió entre dientes.

—Se nota que no conoce bien nuestro Washington nocturno —exclamó—. Por desgracia, no se hubieran limitado a despojamos de las cosas de valor. Probablemente, nos hubieran matado a palos y después huirían con el coche y nuestro dinero. ¡Este es nuestro paraíso! —terminó Geraldine, irónica.

Se volvió hacia Chester y le miró con curiosidad.

—Usted no es de aquí, Nick. Desconoce muchas cosas acerca de nuestra ciudad. Y además, se le nota un cierto deje británico —observó.

—Soy americano —mintió—. Pero reconozco que he vivido durante varios años en Inglaterra.

—Ah, eso explica su acento —respondió Geraldine. Parecía muy recuperada de su borrachera, aunque estaba muy pálida y demacrada.

—Aminore la marcha —rogó unos minutos después—. Esa es mi casa. Lleve el coche adentro… o cuando vuelva a la calle se lo habrán robado o destrozado.

Ronald se desvió a la derecha y penetró en el descuidado jardín que rodeaba una vieja casa de 1960.

El edificio, no obstante, debía haber sido reformado y reparado pocos años antes, porque su aspecto era, al menos, presentable.

Guiado por Geraldine, condujo el coche hasta el garaje y descendieron.

—Sígame. Nick. Tengo necesidad de tomar cuanto antes un buen trago —dijo la joven.

El worpol la siguió a través de la puertecita que comunicaba el garaje con el resto de la casa.

«Lástima de chica —pensó, fascinado por la espléndida silueta de la mujer—. ¿Qué desgracia puede haberla empujado al alcohol de forma tan lamentable?

—¿Whisky, ginebra, champaña? —ofreció ella, al otro lado del mostrador del pequeño y bien surtido bar situado en un rincón del gran salón central. —Champaña.

—Bien. Yo tomaré un sorbito de ginebra —dijo ella, sirviendo las bebidas.

Pero Ronald la detuvo cuando se llevaba a los labios un vaso lleno de licor hasta el borde.

—Deje la ginebra, por favor. ¿No quiere brindar conmigo con champaña? —su tono era cordial, incluso suplicante, pero su mano sostenía con firmeza la muñeca de Geraldine.

—¡Está bien! —ella parecía enrabietada como una niña.

Pero soltó el vaso de ginebra, parte de cuyo contenido se vertió sobre la vieja madera de roble. —Tomaremos champaña los dos. Pero que conste que lo hago por usted, Nick. A mí, el champaña me resulta insípido. El champaña estaba frío. Ronald tomó la botella y las copas y juntos se acomodaron al lado de la antigua chimenea francesa.

—Me gusta usted, Nick —dijo ella, de pronto, cuando hubieron bebido los primeros tragos.

Ronald sonrió.

—También usted me gusta mucho, Geraldine —respondió.

—Llámeme Gerry, ¿no somos amigos, Nick? —Geraldine había apurado ya su segunda copa y volvió a llenársela.

Ronald ardía en deseos de formular mil preguntas.

Pero comprendía que ello hubiera sido contraproducente ahora. Por el contrario, debía conseguir la confianza de Gerry Fox y permitir que ella hablase espontáneamente de sí misma.

—Usted ya lo sabe, Nick, soy una borracha. La verdad es… —su voz se quebró— que no siento el menor impulse vital.

—Vamos, vamos, Gerry. Es usted muy joven y atractiva. No existe el menor motivo para esa desesperación. —Ronald acariciaba tiernamente los largos y sedosos cabellos femeninos.

Gerry dejó descansar la cabeza sobre el hombro derecho del worpol y se agitó, mimosa, hasta acomodarse en aquel cálido hueco.

—Estoy realmente desesperada, Nick. ¿No me crees?

—Te creeré si me explicas convincentemente el origen de esa desesperación. No irás a decirme que tú también crees en el inminente fin del mundo.

Gerry se incorporó de un brinco y le miró con una expresión horrible.

—Yo sé que va a terminar el mundo, que está próximo el Apocalipsis —pronunció con voz tan clara, grave y segura, que el propio Chester experimentó un escalofrío de pánico.

—Sólo Dios sabe cuándo terminará nuestro mundo, cuándo llegará el final absoluto —respondió él, con convicción.

Pero ella le miraba con una fijeza pavorosa. Sus facciones aniñadas parecían más demacradas y profundas que nunca.

—¡Infeliz de ti! —clamó Gerry—. Dios nada tiene que ver en esto.

—¿Quieres decir que ese Apocalipsis del que hablas ha sido decidido por un loco, por un humano, como tú yo? —preguntó el worpol.

—No, exactamente —respondió Gerry, enigmática—. Pero te puedo asegurar que los responsables del cataclismo que se acerca no son dioses, aunque poseen poderes que escapan a nuestra razón.

—Explícate, por favor.

Pero Gerry se alejó de él y le dio la espalda. Sin volverse, pronunció con voz trémula:

—No puedo hablar, Nick, a pesar de que me siento impulsada a fiarme de ti. Si hablase claramente, sería tanto como firmar mi condena a muerte. Y la de mi padre.

CAPÍTULO IX

Ronald se incorporó, dejó su copa sobre el bar y tornó a Gerry por los hombros.

—Estás helada, pequeña —susurró a su oído con voz cálida—. Y tiemblas, tiemblas como un pajarillo.

Gerry se volvió hacia él impetuosamente y se cobijó en sus brazos.

—¡No puedo hablar, Nick! ¡No puedo hablar con nadie! —gimió.

El hombre aspiró el aroma de sus cabellos y acarició dulcemente la desnuda espalda femenina.

—No hables, si no quieres —dijo—. Relájate, descansa. Adivino que permaneces constantemente en una tremenda tensión de nervios. Y es esto lo que te impulsa constantemente a beber. Tratas de olvidar todo lo que sabes, embrutecerte y ahogarte en alcohol, ¿no es cierto?

Gerry se estremeció.

Alzó la cabeza, miró a Chester y murmuró débilmente:

—Sí.

—Quizá hablar conmigo te serviría de desahogo. Tal vez yo pudiera ayudarte. De todas formas, no tienes nada que temer, mientras yo esté junto a ti. Y no te forzaré a hablar.

Gerry no dijo nada.

Se sentía muy bien, protegida por los brazos del hombre, percibiendo el calor y la seguridad que emanaban de él.

Y al cabo:

—¡Si pudiera huir contigo, Nick! Creo... creo que ya no me importaría el fin del mundo, si nos sorprendiese juntos, lejos de aquí. Pero sola me siento rodeada de fantasmas amenazadores y a veces la angustia llega ahogarme. Todo empezó cuando raptaron a papá...

Sin decir una palabra, Ronald la llevó paso a paso hasta el diván y se sentó junto a ella.

Pero Gerry, como si fuera la cosa más natural del mundo, se incorporó y se sentó sobre las rodillas del hombre. Tras lo cual, se dejó caer sobre su hombro y unió su mejilla a la de Ronald Chester.

—Todo empezó cuando raptaron a tu padre —repitió el worpol, con voz íntima y susurrante que invitaba a la confidencia.

—Sí. Pero en realidad papá comenzó a mostrarse raro mucho antes. ¿Has oído hablar de Christopher Fox, el astronauta? —preguntó ella, con un tono de voz lejano, evocadora.

—Desde luego —dijo Ronald, firmemente convencido de su respuesta.

—Yo tenía cinco años cuando papá emprendió aquel viaje espacial de exploración, fuera de nuestro sistema solar. Era algo inconcebible, aunque las astronaves impulsadas por fuerza nuclear habían sido experimentadas de forma exhaustiva. No habíamos puesto el pie en Júpiter aún, pero los investigadores de la NASA estaban seguros de que la nave *Adventure* conseguiría un auténtico récord en su itinerario...

—Lo recuerdo. Fue una aventura extraordinaria, en efecto. ¿En 1980? —dijo Chester, mientras acariciaba las bellas rodillas de Gerry.

—En 1981. La *Adventure* volvió a la Tierra en noviembre de 1982. Como tú recuerdas, fue toda una epopeya. Mi padre comandaba la astronave que había explorado todos los planetas del sistema solar, incluido el ardiente Mercurio, y obtenido un cúmulo de informaciones valiosísimas. Pero lo más importante fue el descenso sobre Iris, planeta del sistema solar Sun-II.

—Por cierto, recuerdo que las autoridades de este país prohibieron la divulgación completa del informe sobre Iris —interpuso Ronald.

—Sí. Según las noticias autorizadas, Iris era un planeta semejante a la Tierra, con todas las condiciones precisas para permitir la vida humana, tal como nosotros las concebimos. Pero el informe decía que la dotación del *Adventure*, que permaneció algo más de dos meses en Iris, no había encontrado rastro de presencia humana sobre la superficie del distante planeta. Yo era demasiado pequeña entonces para comprender las cosas, a pesar de lo cual pude percibir la enorme transformación sufrida por mi padre. Tenía entonces unos cuarenta años, pero la verdad es que aparentaba más de cincuenta...

Según Gerry, Christopher Fox no era ya el hombre optimista, cordial y extrovertido, amistoso y amable, que todos conocieran antes de la

exploración a bordo del *Adventure*.

—Se volvió huraño, silencioso y fácilmente irritable, reconcentrado y espiritual. Hablaba continuamente de lo fugaz de la condición humana, de terribles cataclismos y de calamidades a escala cósmica. Según mi madre, se volvió intratable, reservado y hosco hasta la exageración.

Los servicios de seguridad de Estados Unidos le vigilaban constantemente e incluso le mantuvieron internado en un sanatorio para enfermos mentales durante varios meses.

—Mi madre no pudo resistir y solicitó el divorcio al cabo de diez años. Cuando lo obtuvo, comprendí que no podía dejar solo a mi padre y mamá y yo nos pusimos de acuerdo: yo seguiría viviendo junto a papá.

Por entonces, los agentes de Seguridad habían abandonado la vigilancia del ex astronauta y Christopher Fox comenzó a recorrer las universidades de todo el mundo predicando el desarme mundial y el cese total de las experiencias atómicas, algunas de las cuales habían tenido lugar en el espacio exterior. Parecía un iluminado, un profeta, y pronto arrastró tras de sí a legiones de seguidores que organizaron la Fundación Fox, mitad secta religiosa, mitad asociación para la paz.

—Pero cuando en verdad comenzaron a surgir problemas graves, fue cuando mi padre envió a la imprenta su libro *Viaje a través del Cosmos*.

—He leído el libro. Y me pareció interesante, casi aterrador —comentó Chester al oído de Gerry.

—Entonces, tuviste oportunidad de contemplar las fotografías que completaban el texto. Mi padre había fotografiado desde el aire la superficie de Iris y descubierto unos extraños mensajes ciclópeos grabados a fuego sobre la roca. El estaba seguro de conseguir la interpretación de aquellos raros signos y anunciaba en su libro que daría a conocer la traducción cuando diera fin a los estudios que actualmente estaba realizando. Luego…

Gerry y Christopher Fox habían advertido que su casa era constantemente vigilada. Había espías en el interior de los coches que se turnaban regularmente en su vigilancia ante el edificio. Pero había más: Christopher Fox llegó a descubrir que también le vigilaban desde un edificio frontero, alquilado con el objetivo de controlar los movimientos de cualquier persona que entrara o saliera de la residencia Fox.

—Yo misma pude comprobar, a través de unos prismáticos, que aquellas personas filmaban cualquier movimiento alrededor de nuestra casa. Papá comenzó a sentirse inquieto y una noche me confesó que estaba dispuesto a huir lejos de aquí.

—¿Por qué?

—Sus palabras fueron muy confusas, a propósito.

Sin lugar a dudas, sólo le interesaba mantenerme al margen del asunto. Pero deduje que alguien trataba de contratarle para supervisar algún extraño experimento. Desde luego, papá se había negado, porque a él sólo le interesaba llevar adelante su campaña a favor de la paz mundial y la liquidación de las experiencias nucleares en el espacio.

—¿No agregó nada más, al respecto?

—Una noche me llamó a su despacho. Se sentía tan excitado que temblaba. Había terminado la traducción de los mensajes hallados en la superficie del planeta Iris. «*La Humanidad corre un gravísimo peligro, hija mía. Seres de otros mundos se sienten irritados contra los terrestres porque las experiencias nucleares en el espacio sideral ponen en peligro la seguridad cósmica. Ellos temen que nuestras explosiones atómicas alteren las leyes de la gravitación universal que mantienen a los cuerpos celestes del Cosmos en equilibrio. Y nosotros, tú y yo, tenemos el deber ineludible de convencer a los gobiernos de la Tierra del peligro latente que corre la Tierra. Ellos nos destruirán antes de que nosotros destruyamos el Cosmos.*» Eso fue lo que me dijo.

—Supongo que trataste de que te explicase todo con más detalle.

—Sí. Pero papá estaba distraído ya. No estaba loco, pero había ocasiones en que parecía absolutamente ausente y nadie ni nada era capaz de sacarle de su estado de evasión psíquica. Aquella misma noche, de madrugada, se produjo el asalto.

—Explícate —rogó Ronald, que escuchaba con interés creciente.

—Seis hombres tomaron al asalto nuestra casa y se llevaron a papá por la fuerza. A mí me derribaron de un golpe en la cabeza. Cuando volví en sí, la casa presentaba un aspecto desolador.

Habían destrozado la biblioteca-estudio de Christopher Fox, y de paso, la mayor parte de los muebles y enseres.

—Me sentía tan espantada, que aquella misma noche huí de casa para no volver. Me refugié en el apartamento de una amiga y algunos días más tarde vine a vivir aquí Pero de nada me sirvió; sé que ellos siguen vigilándome, aunque no tan estrechamente como antes de que raptaran a papá.

—¿No has vuelto a tener noticias de tu padre? —quiso saber el worpol.

—Sólo de forma indirecta. Me llamaron por teléfono en cuanto supieron que vivía aquí. Era una voz varonil, que me advirtió secamente: «*Siga comportándose sensatamente y nada le ocurrirá a su padre ni a usted. Alabo su cautela al no denunciar a la policía la desaparición de su padre. Sin embargo, si habla con alguien, si revela lo que sabe acerca de su padre, no vivirá para contarlo. Usted sabe que somos poderosos y que cumpliremos nuestra palabra. No se deje llevar por el pánico y sea razonable. La vigilamos constantemente.*»

—¿Nada más?

—Nada más. Pero suficiente para mí. Me sentí vigilada veinticuatro horas de cada día y comenzó una tremenda guerra de nervios. Cuando iba a pie, me volvía bruscamente, esperando tropezarme con mi seguidor, y entonces comencé a beber...

Gerry calló. Temblaba entre los brazos de Ronald.

Al cabo de unos minutos, se alzó y fue al bar y se sirvió una copa de champaña que bebió de un trago.

Ronald Chester se acercó a ella y acarició levemente sus mejillas.

—Son las cuatro de la madrugada. Debo irme —dijo. Ya se dirigía hacia la puerta, cuando Gerry corrió tras él y le detuvo.

Le sujetó desesperadamente y rogó, suplicante:

—¡No te vayas aún, Nick! Me siento dominada por el pánico. ¿No lo comprendes? ¡Ellos me ordenaron que permaneciera en silencio, pero te he contado todo lo que sé a ti!

Rompió a llorar desconsoladamente, sin poder contenerse.

Y viendo como se agitaba su pecho al compás de los sollozos, Ronald Chester comprendió que no podía dejarla así.

Había resistido la tentación de besar aquellos labios temblorosos durante muchas horas, pero todas las virtudes tienen un límite, y el worpol, era, a fin de cuentas, un hombre de carne y hueso.

Por eso la tomó súbitamente por los hombros y la besó con ternura y con deseo hasta que ambos se sintieron ahítos de caricias.

—No te vayas, Nick. Quédate un poco todavía. Por favor —volvió a repetir ella.

Gerry le tomó de la mano y juntos cruzaron el salón en dirección al pasillo próximo.

—No temas, pequeña. No te abandonaré, no te dejaré desamparada —susurró al oído de la mujer.

Y la siguió.

CAPÍTULO X

Ronald terminó de vestirse sin demostrar ninguna prisa. Dirigió una ojeada al espejo del armario empotrado y aprobó su aspecto con una leve inclinación de cabeza.

Encendió un cigarrillo, aspiró un par de veces el humo y se aproximó al ventanal.

Descorrió un tanto las cortinas.

Una niebla espesa difuminaba los edificios próximos, rodeaba los focos del alumbrado público de un halo fantástico, y daba un aspecto extraño, casi irreal, al descuidado jardín que rodeaban la Casa de Gerry Fox.

—¿Todo preparado, Gerry? —preguntó, volviéndose.

—Sí —respondió la joven.

Gerry había formado algo semejante a un muñeco que tenía sus mismas dimensiones y estatura, utilizando unos *panties* rellenos de gomaespuma cosidos a un suéter elástico igualmente relleno.

El monigote tenía una peluca de largos cabellos semejantes a los de la propia Gerry. Y la bata que lo cubría pertenecía igualmente a la joven.

—¿Crees que conseguiremos engañarlos? —preguntó ella, sin disimular su ansiedad.

Ronald sonrió.

—Al menos, vamos a intentarlo. No enciendas las luces. Lleva tu doble al salón, sitúalo junto a la ventana, coloca una lámpara a contraluz y vuelve —indicó.

Gerry volvió unos minutos después.

No parecía muy segura de sí misma y el temblor de sus manos era evidente.

—Una sola copa, Nick, por favor —rogó.

Pero el hombre de la Worpol denegó con firmeza.

—No. Sé que vas a sufrir durante unos días, pero si sigues bebiendo, terminarás matándote. Recuérdalo, pequeña: te ayudaré, pero debes tener en cuenta que no volverás a probar una gota de alcohol.

Gerry tragó saliva.

—Lo... lo intentaré —murmuró.

—Muy bien. ¿Estás dispuesta?

—No sé. Preferiría huir contigo en el coche —respondió la joven.

—Te llevaría conmigo... si no supiera que ello puede costarte la vida. Tú misma has dicho que te vigilan. Si es así, supondrán que tú has hablado conmigo... y obrarán en consecuencia.

Gerry se estremeció.

—Recuerda mis instrucciones: irás a la parte trasera del edificio. Aguardarás allí, a oscuras, y saldrás en cuanto oigas el rumor del escape de mi coche en la calle. Aceleraré a fondo, de forma que lo escuches perfectamente. Huye entonces. Me reuniré contigo en cuanto me sea posible.

—Trataré... trataré de hacerlo lo mejor posible —prometió ella.

Ronald la besó en una caricia leve, pero Gerry, desesperadamente, estrechó su cuello y le besó hasta perder el aliento.

—Adiós, Nick. Cuídate. Tú eres lo único que tengo.

—No temas —susurró él—. Ve.

Aguardó un minuto y abandonó el dormitorio. Desde la entrada del salón dio a la luz y comprobó que Gerry había cumplido sus instrucciones: la luz suave de una lámpara proyectaba a contraluz la silueta del muñeco contra la cortina.

Cruzó el salón, llegó junto al monigote, lo tapó parcialmente con su cuerpo, simuló que besaba su rostro, movió los labios como si hablara y, finalmente, alzó una mano en señal de despedida y se dirigió al pasillo que conducía al garaje.

Si alguien vigilaba la casa desde el otro lado de la calle, posiblemente imaginaría que Chester se marchaba, dejando a Gerry Fox en su residencia.

Penetró en el carísimo Ford Experimental, puso en marcha el motor y arrancó.

Las ruedas delanteras del automóvil pisaron la placa-contacto de caucho endurecido y el portón metálico del garaje se abrió automáticamente.

Y entonces, *a través del espejo retrovisor interior vio alzarse una sombra sobre el asiento trasero*.

Giró veloz sobre sí mismo y sacó su pistola «Sconer» que podía disparar una ráfaga de cuarenta proyectiles explosivos.

—¡Quieto, Ronald! —avisó el intruso—. ¡Soy yo, Roger Lawford!

El worpol bajó la pistola y dejó escapar un suspiro.

—Querido Roger, te recomiendo que no vuelvas a sorprenderme de esta manera… o en la funeraria tendrán que unir los fragmentos de tu cadáver con cinta autoadhesiva —recomendó Chester—. ¿Cómo has conseguido penetrar en el garaje?

Lawford rió en la oscuridad.

—Soy ingeniero en electrónica, antes que delegado de la WAFDA en América —respondió—. Conseguí excitar la célula fotoeléctrica que

controla la apertura del garaje, desde el exterior.

—Pues me has dado un susto de muerte, amigo mío —resopló Chester, contrariado, aunque no lo demostraba—. ¿No te parece un extraño lugar para una cita?

—Sí, lo confieso. Te seguí anoche, porque quería protegerte. Decidí esperarte y no encontré un lugar más seguro y discreto que éste. ¿Has averiguado algo a través de miss Fox?

—No tanto como hubiera deseado. Pero será mejor que salgamos de aquí —decidió el worpol, que miraba a Roger Lawford a través del espejo retrovisor.

—Un momento. ¿Se queda Geraldine Fox? Acordamos que procurarías atraerla a tu lado —le detuvo Lawford.

—Está asustada y no accedió a seguirme. Yo soy un caballero, Roger: me disgusta forzar la voluntad de una mujer —mintió.

—Está bien. Salgamos. Me ocultaré tras el respaldo de tu asiento y hablaremos por el camino —respondió el delegado de WAFDA en Estados Unidos.

Ronald soltó el freno y pisó el acelerador al fondo.

Sonó el tlac del cambio automático de velocidades y el coche saltó hacia adelante, al tiempo que el escape producía un estrépito horrísono.

Torció el volante a la derecha y aceleró, alejándose. Apenas se hallaban a doscientos metros, cuando resonó la explosión a sus espaldas.

La gigantesca llamarada iluminó el interior del vehículo, y Ronald, desconcertado, frenó en seco.

Miró hacia atrás.

La residencia de Gerry Fox era ya una inmensa hoguera. La casa entera ardía por los cuatro costados.

—¡Dios mío! —gritó, aterrado—. ¿Qué ha sido eso?

—Creo que han disparado bombas incendiarias de gran potencia contra la casa —contestó Roger Lawford—. Por desgracia, no creo que pueda hacerse nada ya por la desventurada Geraldine Fox.

La frente de Ronald se cubrió de sudor frío.

Una duda terrible ponía un nudo de angustia en su garganta: ¿habría tenido Gerry tiempo suficiente para huir… o acababa de encontrar una muerte horrible convertida en una antorcha humana?

Sintió la garganta seca y el vertiginoso ritmo de los latidos de su corazón.

—Alejémonos de aquí, Ronald —propuso Lawford—. Dentro de unos minutos, la policía rodeará este lugar. No podemos permitirnos el lujo de vernos involucrados en un interrogatorio policiaco.

Chester giró el cuello y le dirigió una fugaz mirada.

—Tienes una sangre fría que impresiona, Roger —dijo con lentitud—. Una joven inocente acaba de morir y tú ni siquiera te inmutas.

—Querido amigo, en nuestra profesión no podemos permitir que la compasión nos robe la sensatez. Es lamentable, en efecto. Pero ni tú ni yo somos responsables.

—No estoy seguro de ello —pronunció el worpol.

—¿A qué te refieres? —el tono de Lawford era tenso, ácido.

—¿No es posible que nuestra presencia, sobre todo la mía, haya influido para que unos asesinos decidieran terminar con la vida de Gerry Fox? Ella confesó que la vigilaban.

—En cualquier caso, nuestro objetivo está por encima de la muerte de una persona, Ronald —respondió Lawford, como dando la cuestión por terminada—. ¿Quieres arrancar?

Por una vez, el sensato y sereno Ronald Chester se dejó llevar por la ira. Apretó el acelerador y el «Ford» Experimental saltó hacia adelante como un potro desbocado. Con lo cual, Roger Lawford fue proyectado hacia atrás brutalmente.

Ronald le oyó renegar en voz baja, pero finalmente se calmó.

—Y bien —dijo—. ¿Qué te dijo Geraldine Fox?

—Ella está segura de que su padre fue raptado por… extraterrestres —mintió el worpol—. Confesó que la habían amenazado de muerte si explicaba a alguien las circunstancias de la desaparición de su padre. La verdad es que la chica vivía aterrada.

—¿Nada más? ¿Te das cuenta de que has permanecido seis horas en su compañía? Es un pobre resultado para tanto tiempo perdido —le reprochó Lawford.

—Gerry estaba borracha y perdí mucho tiempo tratando de hacerla reaccionar —siguió mintiendo—. Por lo demás, creo que esa infeliz dijo todo lo que sabía. Tendremos que buscar por otro sitio.

—Eso me temo —gruñó Lawford—. ¿Tienes alguna idea?

—Ninguna. Voy a ponerme en comunicación con mister Arnold Spencer y pediré su consejo.

—Bien. En tal caso, dirígete a las oficinas de la delegación. Puedes establecer comunicación con Spencer desde allí —indicó Lawford.

* * *

A las once de la mañana, Ronald Chester apenas podía aguantar la tensión que provocaba en su ánimo la duda.

¿Había muerto Gerry Fox? ¿Seguía viva?

La angustia y la incertidumbre le habían agobiado a lo largo de la mañana. Tras abandonar las oficinas de WAFDA en Washington, empleó una hora en recorrer las calles de la ciudad que de mañana presentaban cierta animación.

Cuando comprendió que nadie le seguía, dejó el coche en las inmediaciones del Capitolio.

Ante la explanada inmediata se habían reunido unas cinco mil personas, que escuchaban, postrados de rodilIas, el mensaje que un pseudo-Guru hindú hacía llegar a sus oídos, en un tono vibrante y prometedor.

La gente desfilaba de modo incesante por delante del Guru y depositaba en una gran bandeja el óbolo en metálico que, según el hindú, daba derecho a los donantes a una visión mágica del porvenir, mediante la meditación profunda y devota.

Algunas personas yacían postradas de bruces, como si estuvieran en trance. La escena era impresionante y emotiva, en verdad.

Ronald se mezcló entre aquellas gentes, se situó en la hilera de los donantes, y cuando le llegó su turno, depositó varios billetes en la bandeja.

Buscando los grupos más apiñados y heterogéneos, abandonó la explanada y anduvo a buen paso hasta el cercano templo católico de Saint James.

El interior del oratorio estaba abarrotado de fieles que asistían a un Te-Deum solemne.

Chester —se santiguó y avanzó lentamente entre los fieles. Se detuvo, volvió a avanzar, fue a la izquierda y más tarde se desplazó a la derecha.

Y allí, en uno de los altares laterales, encontró a Gerry.

Pálida, angustiada y tensa por la prolongada espera, su rostro resplandeció al divisar a Ronald.

El le tomó las manos y se las apretó como si con ello pudiera infundirle la mayor confianza del mundo.

Mentalmente, Chester entonó una oración de acción de gracias... ¡Ella estaba a salvo!

Le hubiera gustado abrazarla apretadamente y besarla con desenfrenado amor, pero el lugar no era lo más a propósito para esparcimientos de aquella índole.

—Ven conmigo —susurró a su oído.

La tomó por una mano y ella le siguió sumisa y confortada por el contacto de sus cálidos dedos.

Ronald la arrastró hasta la sacristía, cruzaron varias dependencias del templo y salieron al claustro interior, donde aguardaba un automóvil.

—Entra —la invitó él—. He conseguido un pequeño pero seguro cobijo para los dos. No temas, el conductor es hombre de confianza. Tranquilízate.

Alguien abrió una verja, y el coche, con las cortinillas corridas, abandonó el templo de Saint James.

Cuando Gerry bajó del coche se encontró... en un muelle de Chesapeake Bay.

Amarrados al dique se balanceaban docenas de bellos yates deportivos.

—Es aquél —dijo Ronald, señalando un bonito yate blanco—. Sígueme, tengo las llaves.

Gerry obedeció. En la proa de la embarcación se leía su nombre: *Gay Hope*[4].

CAPÍTULO XI

Gerry se desplomó en cuanto estuvieron a solas en el yate.

—¡Oh, Nick, estoy tan asustada! Creo que estoy viva de milagro —gimió, de bruces sobre una litera.

—Puedes imaginar mi angustia, pequeña. Pero no pensemos en ello ahora. O mejor, sí. El hecho de que ellos incendiaran la casa, ha venido a favorecernos —dijo Chester, chispeantes los azules ojos.

—¿Por qué?

—¿No lo comprendes? ¡Ellos creen que tú pereciste, carbonizada, en el interior de tu casa, incendiada! Oficialmente, estás muerta. Y ellos no volverán a molestarte —explicó Ronald, alegre.

—Dios te oiga —musitó ella.

—Pues claro. Y a propósito, ¿reconoces esto? —Chester acababa de sacar del bolsillo de su chaqueta un tomo del tamaño de un libro de bolsillo.

—¡Sí! —Gerry se había incorporado, atenta—. Es un diccionario técnico. Mi padre solía utilizarlo a menudo.

Ronald alzó la tapa y mostró el interior. Alguien había practicado un hueco mediante el simple procedimiento de cortar las hojas en recuadro. En el alojamiento resultante había un pequeño magnetófono-miniatura, que Chester extrajo volcando el libro.

—Tu padre no lo utilizaba como diccionario, como puedes comprobar

—explicó—. El magnetófono posee un *jack* que permite grabar las conversaciones telefónicas, y tu padre lo empleó con ese fin algunas fechas antes de que le secuestraran.

—¿Es posible? Ni yo misma conocía la existencia de ese aparato —comentó Gerry, intrigada.

—Supongo que él te ocultó muchas cosas con el único objetivo de protegerte. Pero aguarda... Voy a rebobinar la cinta y escucharemos las grabaciones.

Manipuló las teclas del magnetófono y al fin pulsó la de reproducción.

Pasaron unos segundos. Gerry y Ronald aguardaban, expectantes.

—*...Intentado comunicar con usted otras veces, señor Fox. Es una excelente oferta* —la voz, grave se oía claramente.

—*Les dije terminantemente que no estaba dispuesto a colaborar en una empresa como ésa... ustedes son unos egoístas. Realmente, son como las ratas: los primeros en abandonar el barco cuando se hunde éste. ¿No han pensado que los demás tienen tanto derecho como ustedes? Por otra parte, existen otras soluciones*.

—¡Es la voz de mi padre! —exclamó Gerry.

—¡Calla! Escuchemos —la instó el worpol.

—*Nosotros hemos elegido nuestra solución. Y le necesitamos a usted, Fox. Si no nos hubiera convencido con sus conferencias de que sus palabras encerraban una realidad incuestionable, nosotros no le presionaríamos ahora.*

—*¿Por qué debo ayudarles yo, precisamente?* —la voz de Christopher Fox traslucía impaciencia—. *Ustedes pueden obtener la colaboración de los más famosos ingenieros, científicos y expertos de todo el mundo.*

—*Pero ninguno de ellos posee la experiencia suya, Fox. Usted ha sabido interpretar extraños mensajes extraterrestres grabados sobre la superficie de Iris y posee una inteligencia brillante, superior a lo normal en los más afamados científicos contemporáneos. Créame, querido Fox, no vamos a renunciar a su decisiva colaboración. ¿Acepta mi propuesta?*

Hubo un intervalo de silencio.

—*Es usted un miserable* —la respiración de Christopher Fox resonaba,

sibilante—. *¡No, de ninguna manera apoyaré una empresa tan indigna y despreciable, máxime cuando aún podemos evitar el cataclismo final! Créame. Antes prefiero morir.*

—*Le necesitamos vivo, querido Fox. Pero si es necesario, ¡morirá! No podemos permitir que sus conocimientos sean aprovechados por otras personas. Piénselo. No tendrá mucho tiempo para decidir libremente.*

Sonó un «clic». La conferencia telefónica había terminado.

Ronald aguardó hasta que la cinta terminó. Pero la grabación acababa allí: fue inútil darle la vuelta a la *cassette* y reproducir la otra pista: estaba sin grabar.

—Es extraño —dijo Chester, pensativo—. Si ellos controlaban vuestra casa, me parece un descuido imperdonable que permitieran a tu padre grabar esa conversación en cinta magnética.

—Una noche oímos un ruido sospechoso en su estudio. Papá y yo nos levantamos al mismo tiempo de nuestras camas y registramos el estudio. El teléfono estaba en el suelo, parcialmente desmontado. ¡Ahora lo entiendo! La ventana estaba abierta, como si alguien hubiera escapado por allí. Estuvieron comprobando si se había instalado algún aparato grabador en el interior del teléfono —relató Gerry.

—Y no encontraron nada. Lo cual les confió. —Chester se alisó los rubios cabellos con los dedos—. Pero hay otra cosa que me intriga…

—¿A qué te refieres?

—Volvamos a oír la grabación. He oído algo que desentona con el acento dramático de esa conversación telefónica. Se diría que el individuo que hablaba con tu padre se encontraba en algún lugar al aire libre. Se oía el rumor del viento… Me pareció escuchar también el trémolo de las hojas en las ramas de algún árbol próximo.

—¡Sí!

—Pero hay algo más. Oigamos.

Volvieron a oír la grabación. Y de repente, Ronald detuvo el aparato.

—¿Lo captaste? ¡Parecía el canto de un pájaro! —exclamó.

—Sí. Vuelve atrás —pidió Gerry, muy excitada.

La cinta volvió sobre sí misma y Chester la reprodujo.

Como fondo a las palabras «*le necesitamos vivo, querido Fox*», se oyó nítidamente el arpegio de algún pájaro exótico.

Volvieron a oírlo varias veces. Finalmente, el worpoI se guardó el magnetófono y dijo:

—Voy a ocuparme de averiguar algo, Gerry. En el frigorífico hay comida abundante y algunas cervezas. También tienes el teléfono. Pero no salgas de aquí —recomendó.

La besó antes de que ella pudiera protestar y salió.

* * *

El profesor Hacking desprendió sus auriculares y se volvió hacia Ronald Chester.

—Sí, estoy seguro. Es un petirrojo de las Rocosas; se distingue del petirrojo común en su plumaje más ceniciento. Es un pájaro muy escaso y codiciado. Se supone que sólo subsisten unos millares de parejas. Y todos viven en las estribaciones de las Montañas Rocosas. Ello es debido a que el petirrojo gris o de las Rocosas se alimenta exclusivamente de las semillas de un arbusto que sólo crece en aquella cordillera —explicó brillantemente el profesor.

—¿Está seguro? —dijo Chester, y aclaró—: Mi pregunta entraña dos cuestiones: si ese canto corresponde al petirrojo gris y si éste…

—…habita sólo en las Montañas Rocosas —completó rápidamente el anciano científico—. Escuche, amigo mío, soy una autoridad mundial en ornitología y sólo le he atendido a instancias personales del presidente de Estados Unidos. Créame, estoy seguro de lo que digo. Su pájaro está en Colorado.

—No sabe cuánto se lo agradezco —Chester estrechó su mano calurosamente.

Y le dejó con la palabra en la boca.

* * *

En cuanto estuvieron solos, Chester sintonizó el comunicador láser perfectamente camuflado bajo el panel de madera bajo una litera.

Durante diez minutos, Ronald estuvo escuchando con toda atención a través de los diminutos auriculares de cuarzo.

La respuesta de Arnold Spencer fue tajante.

—Nada concluyente, Chester. Helicópteros y aviones han fotografiado toda la cordillera de las Rocosas a lo largo del estado de Colorado. No hemos advertido nada sospechoso.

—Pero Hacking dijo que ese pájaro sólo vive en las Rocosas de Colorado —insistió el worpol número uno.

—Lo cual no significa nada —arguyó el presidente mundial de la WAFDA—. El hombre que habló con Fox podía ocupar uno de los refugios de caza de las montañas. O bien tenía a su petirrojo gris en una jaula. Tendrá que...

—Averiguarlo personalmente. Lo sé. Buenas noches, jefe. Deséeme suerte.

—De todo corazón, Chester —respondió Spencer. Ronald se volvió, Gerry le miraba, expectante.

—Voy a hacer un viaje a las Rocosas, pequeña —anunció.

—No pienso quedarme sola. La angustia y la espera me consumirían —respondió, rápida—. Déjame ir contigo. En la montaña no tendré ninguna oportunidad de encontrar un trago de licor.

Ronald movió la cabeza, indeciso. Pero en seguida se decidió.

—Iremos juntos. Nos haremos pasar por un par de estúpidos humanos ansiosos por escapar al cataclismo. Dispongamos ahora mismo todo lo necesario para el viaje.

A Gerry le brillaron los ojos con una pizca de esperanza.

CAPÍTULO XII

El «*Jeep-Climbing*» se detuvo en la vaguada al anochecer.

—Estoy al borde de mi resistencia, cariño —murmuró Gerry, dejándose caer sobre el respaldo de su incómodo asiento.

Ronald apoyó una mano sobre el hombro de la muchacha.

Comprendía muy bien que Gerry se sintiera agotada, porque él mismo sentía todos sus huesos molidos, después de recorrer unos doscientos kilómetros a lo largo de los erizados caminos de la cordillera.

Había sido un continuo botar sobre los neumáticos del resistente vehículo «todo terreno», que se mantenía entero por verdadero milagro, tras la tremenda prueba a que había sido sometido desde aquella mañana.

«Es como buscar una aguja en un pajar», pensó. Pero lo que dijo en voz alta fue:

—Sin embargo, algo hemos avanzado: hemos visto volar pequeñas bandadas de petirrojos grises. Hacking estaba en lo cierto.

—Sí —asintió Gerry—. Y me obsesiona ese albergue en la falda inferior de la montaña. Se diría que acababan de abandonarlo cuando llegamos nosotros.

Se refería al refugio de cazadores que habían descubierto sobre un promontorio, más abajo, poco antes de la puesta del sol.

La sólida cabaña tenía la puerta abierta. Entraron y Ronald olfateó el aire, muy intrigado.

—Huele a humo de cigarrillos. Se diría que alguien ha estado aquí hace sólo unos minutos —dijo.

Sobre una mesa había un cenicero con algunas puntas de cigarrillos. La ceniza de una de ellas estaba caliente aún, aunque apagada.

Además, descubrieron un grupo electrógeno, un radioteléfono y un frigorífico lleno de fiambres en conserva y otros alimentos. Había también un dormitorio con dos literas, una de las cuales aparecía deshecha. Sobre el lecho vieron alguna ropa interior masculina.

Chester abrió una ventana. A unos diez metros, un petirrojo gris cantó entre los arbustos. Ronald y Gerry se miraron entre sí, excitados.

—Juraría que el hombre que llamó a tu padre por teléfono estaba aquí —dijo el worpol, pensativo.

—Nick, siento una extraña sensación…, como si alguien estuviera espiándonos:—susurró Gerry. Y añadió—: Tengo miedo, no puedo evitarlo.

—Cálmate. Hemos registrado toda la cabaña. No hay nadie. Probablemente, la persona que vigilaba desde aquí, vio cómo nos acercábamos y prefirió alejarse. En fin, salgamos —propuso Chester—. Pronto se hará de noche. Al fin y al cabo, podemos utilizar este cómodo refugio para descansar hasta mañana.

Habían ascendido mucho desde la cabaña. Hasta que el poderoso «*Jeep-Climbing*», construido para trepar por las más agudas pendientes, se vio incapaz de seguir avanzando, debido a lo erizado del terreno.

Ahora se encontraban al pie de una loma de amplia base, rodeada por un verdadero circo de agudos picachos.

La luz del día se iba extinguiendo rápidamente.

—Creo que debemos descender antes de que sea más tarde, Nick. Podríamos despeñarnos en la oscuridad —dijo Gerry, miedosa.

—¡Espera! —surró el worpol. Y echó pie a tierra y palpó el suelo.

Cuando se incorporó, tomó a Gerry por un brazo y dijo:

—Gerry, lo que tenemos bajo las ruedas del *jeep* no es una masa rocosa, como pudiera creerse.

—¡Nick! ¿Te has vuelto loco? —gimió ella.

—Nunca he estado más cuerdo. El suelo es ficticio: se trata de una dura cubierta de materia plástica, con el relieve y el color de la piedra, perfectamente imitado… ¡Baja!

Gerry obedeció, temblorosa. Guiada por Ronald, palpó el suelo y notó una leve vibración en las yemas de sus dedos.

—¡Dios santo! —balbuceó—. ¿Qué es esto, Nick?

—No lo sé exactamente. Pero sí sé lo que vaya hacer ahora mismo —dijo Chester.

Y se incorporó y manipuló en el aparato de radio portátil que llevaba

en el jeep.

Transmitió un apresurado mensaje en morse y volvió a ocultar el receptor transmisor en su alojamiento metálico.

—Espérame. No te muevas del *jeep*, pequeña. Vaya realizar una exploración por los alrededores. Ten la pistola, y no temas, volveré en seguida —indicó.

Tomó una linterna y se alejó cuesta arriba, palpando el suelo cada diez o quince metros. Detrás de él quedó Gerry, que apenas podía contener su nerviosismo ni vencer su espanto.

Montaña arriba, Ronald se detuvo jadeante, Había recorrido unos doscientos metros, siempre cuesta arriba, y ahora estaba seguro de haber encontrado lo que tan ansiosamente habían buscado durante todo el día.

Se sentía rendido, al borde de su resistencia física, pero estaba contento.

Volvió hacia el *jeep* con todo género de precauciones, porque era ya noche cerrada y no quería hacer uso de la linterna por si algún intruso estaba observándole.

Se encontraba a unos quince metros del jeep, cuando el súbito fulgor de los faros lo deslumbró.

Llevóse las manos a los ojos a modo de pantalla y gritó:

—¿Te has vuelto loca, Gerry? ¡Apaga esos faros! Corrió como un loco hacia el vehículo, al comprobar que los poderosos focos seguían luciendo.

Fuera ya del resplandor de los conos luminosos, advirtió de repente las dos siluetas a bordo del jeep.

¡Y ninguna de ellas correspondía a Gerry! Estúpidamente, se llevó una mano al bolsillo de su cazadora…, antes de recordar que había entregado su pistola a Gerry.

Un zumbido apagado llegó a sus oídos y el gas azul impregnó su rostro.

Un segundo después, sentía sus piernas vacilar y, finalmente, cayó pesadamente al suelo, perdido el conocimiento.

* * *

Volvió lentamente en sí. No lejos de allí, algún poderoso mecanismo dejaba escapar un monótono y rítmico «run-run».

Abrió los ojos y sintió náuseas. Pero respiró profundamente y las arcadas desaparecieron.

Se encontraba tendido sobre una camilla de operaciones y su vista abarcaba una espaciosa bóveda en forma de cúpula semiesférica.

Alguien se movió a su lado.

—¿Gerry? —susurró Ronald.

—No volverás a verla… jamás —se oyó la pastosa voz femenina.

Ronald contrajo sus músculos y trató de incorporarse para ver a la persona que acababa de hablar.

Sólo consiguió elevarse a medias. Lo suficiente, sin embargo, para comprobar que le habían puesto una camisa de fuerza y sus tobillos estaban sujetos por una brillante cadena de acero.

La persona que había hablado avanzó hacia él y su rostro quedó expuesto a la luz que brotaba de arriba.

—¡Wanda Prentice! —exclamó, asombrado.

La bella pelirroja avanzó su busto desafiante hacia delante.

—Volvemos a encontramos, querido Chester. ¿Imaginaste, quizá, que no íbamos a volver a vernos? —exclamó, irónica.

Pero el worpol se había rehecho pronto y superado su sorpresa.

Sonrió y trató de fijar en los suyos los ojos dorados de Wanda.

Por toda respuesta, la mujer alzó su pistola y le golpeó con fuerza en la cabeza.

El cañon de la pistola rasgó su sien y Ronald cayó hacia atrás, después de exhalar un alarido de dolor.

—No vuelvas a mirarme a los ojos, cerdo, o te destrozaré golpe a golpe —advirtió ella, rencorosa—. Te burlaste de mí y provocaste mi ruina. He sido relevada del puesto de jefe del grupo de defensa del Future Team y por tu causa he descendido a un rango muy inferior…

Impávido, Chester siguió los movimientos de las manos femeninas. Wanda acababa de sacar de un estuche una jeringuilla hipodérmica y rompía hábilmente una ampolla de cristal, cuyo contenido anaranjado absorbió a través de una fina aguja de inyecciones.

——¿«Selftotal», querida Wanda? —preguntó, burlón.

—Eres muy inteligente: lo has adivinado. El maestro del Future Team me ha prometido un puesto a bordo del *Exodus* si consigo hacerte hablar. Y el «Selftotal» es capaz de hacer milagroo —respondió la bella mujer.

—Es inútil —observó Chester, flemático—. Mi subconsciente está inhibido y no reaccionará al «Selftotal». En Londres me sometieron a una delicadísima operación cerebral con este fin.

La jeringuilla hipodérmica quedó inmóvil en el aire cuando Wanda se disponía ya a clavar su aguja en el cuello de Chester.

—Eso significa que sólo podrás confesar cuanto sabes… en estado consciente —dijo Wanda, evitando mirar los ojos azules del worpol.

—Exactamente. Pero no pienso hacerla, mi queridísima Wanda —aseguró Ronald Chester.

Los ojos dorados destellaron, iracundos.

—Creo que conozco a la persona capaz de hacerte hablar —bramó.

Se separó de él y oprimió tres botones en el aparato insertado en la pared más próxima.

Transcurrieron dos minutos. Luego, la puerta se abrió y se oyeron unos pasos recios, aproximándose.

—Ayúdale a incorporarse, Wanda, de forma que pueda verme claramente —dijo el recién llegado, con voz gruesa y grave.

—No es necesario. Sé quién eres —le atajó Chester—. Roger Lawford.

De todas formas, Wanda se acercó por detrás y le incorporó por la espalda.

—No pareces muy sorprendido por mi presencia aquí —exclamó Lawford, atónito.

—¿Qué quieres que te diga? Comencé a sospechar de ti cuando me sorprendiste en el interior de mi coche. También me dio que pensar que la casa de Gerry Fox fuera incendiada en cuanto nosotros salimos de ella. Por ello te oculté que Gerry me había confesado muchas cosas interesantes. Pero lo que acabó convenciéndome de que eras un traidor fue el hecho de escuchar la conversación que mantuviste con Christopher Fox a través del teléfono. Fox la grabó en un pequeño magnetófono que ahora mismo debe estar ya en poder del presidente de la WAFDA.

—No eres justo al llamarme traidor, Ronald —protestó Lawford, sin encolerizarse—. Sólo he servido a mi causa. Porque yo era ya el maestro del Future Team cuando conseguí ingresar en la WAFDA norteamericana, y si lo hice fue para estar seguro de que nadie estorbaría nuestros planes.

—A pesar de mi flema británica, soy un tipo la mar de curioso, Roger. Me gustaría conocer esos planes con detalle. A cambio, prometo confesar voluntariamente todo cuanto sé —dijo el worpol.

—¿Por qué no? —respondió Lawford, tras breve indecisión——. De todas formas, no podrás contar a nadie cuanto veas y oigas. Pide un vehículo, Wanda. Vamos a complacer a nuestro amigo Chester.

Luego, entre Wanda y Lawford pusieron en pie a Ronald y le ayudaron a llegar hasta el anchísimo y brillante pasillo donde aguardaba un pequeño vehículo eléctrico.

Subieron. Lawford se sentó junto a Ronald Chester y Wanda puso en marcha el cochecito, que se deslizó raudo a lo largo del pasillo.

Ronald lo contemplaba todo con aparente flema, pero en realidad se sentía admirado de la complejidad y seguridad de las instalaciones que recorrían.

Multitud de vigilantes armados y vestidos con idéntico uniforme azul con el círculo amarillo y las letras F.T. como distintivo en el pecho, dominaban todas las dependencias.

Una enorme puerta deslizante se abrió ante ellos automáticamente y el vehículo se deslizó al otro lado.

Ronald apenas pudo contener un grito de sorpresa: se encontraban en

un colosal hangar de más de tres mil metros de diámetro. Arriba, ciento cincuenta metros por encima de sus cabezas, podía distinguirse el entramado de enormes y fuertes vigas de acero que sostenían la bóveda blindada.

En el amplísimo círculo, a nivel de superficie, se perdían de vista los larguísimos y funcionales talleres y estudios donde se afanaban miles de mecánicos y centenares de científicos, técnicos e ingenieros.

Pero el objeto de aquella inmensa instalación ocupaba el centro del círculo.

Allí, majestuosa, reposaba una astronave de impresionante aspecto y unos cuatrocientos metros de longitud.

Sobre el brillante casco plateado destacaban las gigantescas letras azules que componían la palabra "*EXODUS*», y en la parte trasera destacaba el anagrama circular en amarillo con las conocidas iniciales F. T.

—¿Qué es? —preguntó Chester, con acento cándido.

—¿No eres capaz de adivinarlo? Se trata de nuestro vehículo, de la nave que nos llevará lejos del cataclismo, a salvo del Apocalipsis —exclamó Lawford, excitándose por momentos—. Un prodigio de la técnica aeroespacial, una máquina voladora perfecta, capaz de albergar a mil hombres y mujeres y de trasladamos lejos del planeta Tierra.

—Pero ¿por qué? —preguntó el worpol, simulando ignorancia.

Roger Lawford le dirigió una mirada compasiva. —Será mejor que comencemos por el principio —dijo—. Voy a explicarlo todo para ti. Creo que un worpol número uno merece la satisfacción de conocer nuestro proyecto… antes de morir.

—Te escucho —respondió Chester, sin perder la sonrisa.

CAPÍTULO XIII

A finales de 1997, Roger Lawford dominaba la organización criminal

más poderosa de Estados Unidos de América.

Hasta 1989 —cuando el Ártico y el Antártico se fundieron—, Crimen, S. A. sólo se preocupaba de explotar el juego, la prostitución, los secuestros y las drogas.

Pero cuando un tercio de la superficie de la Tierra desapareció bajo las aguas, Lawford mostró un interés desmesurado por la investigación científica.

En 1989, el crimen estaba perfectamente organizado y sus rectores eran verdaderos técnicos. Se había eliminado de la organización cualquier método chapucero y se habían contratado hombres y mujeres expertos en la función de planear, organizar y calcular.

Crimen, S. A. prestó excepcional atención a la catástrofe del Año de la Desolación y comprendió que su imperio podía bambolearse si no se controlaba la ciencia y se tenía en cuenta la posibilidad de un desastre a escala mundial.

En la organización figuraban hombres de ciencias, que inmediatamente prestaron atención a las públicas declaraciones de Christopher Fox.

Se rumoreaba que Fox había sido prácticamente amordazado por los servicios de seguridad del Gobierno, que había sido tratado en un sanatorio psiquiátrico con el fin de castrar quirúrgicamente su cerebro durante algún tiempo.

Roger Lawford consiguió poco después las fotografías que el Departamento de Estado había escamoteado a la opinión pública. y Lawford tuvo en sus manos el informe de los expertos de Crimen, S. A.

—Las fotos corresponden a extrañas construcciones sobre el planeta Iris. Sin embargo, estamos seguros de que nuestro dictamen es certero: las construcciones irisitas son núcleos de población, perfectamente protegidos y organizados con técnicas tan avanzadas que escapan a nuestra comprensión.

Lawford reunió inmediatamente a la plana mayor de Crimen, S. A. y en la convención secreta y vigiladísima que tuvo lugar en Chicago en diciembre de 1997 se llegó a una conclusión: obtener la asociación de todos los grupos criminales a escala mundial.

En Europa, Asia y América, como en África y Oceanía, existía una docena de sindicatos del crimen con nombres como Anónima de

Secuestros, Pleasure Incorporated, Voyages, S. A. —tráfico de narcóticos—, Comunidad Asiática, Australian Alliance o Hazard Company, que regía todos los casinos de Europa.

La asociación de todas las organizaciones criminales más importantes tuvo lugar en un hotel de Connecticut: Hartford. Y de allí salió el World Club.

Realmente, se trataba de una confederación internacional de criminales que deseaban conseguir el pasaporte a la seguridad económica, pero… sin exponer tontamente sus recursos económicos.

El World comenzó a funcionar en seguida. Y con éxito indudable.

Por cuenta del World fueron contratados o secuestrados todos los científicos, expertos y técnicos aerospaciales más famosos. Y el proyecto Future Team estuvo en marcha a finales de enero de 1998.

Habían conseguido explotar sabiamente la incertidumbre y la superstición, la angustia y el caos. Y el World se convirtió en la más poderosa organización privada de todo el mundo.

Faltaba una sola persona: Christopher Fox. Y el club se encargó de obtener su colaboración.

En la Base de las Rocosas, Fox fue sometido a un cuidadoso «tratamiento» que aseguró su apoyo total, aunque con grave riesgo para su salud mental.

Con la colaboración de miles de expertos mecánicos y técnicos de grado medio, se construyó en ¡veinte días! Rocky Base. Y el esqueleto del mastodóntico *EXODUS* comenzó a convertirse en una realidad próxima y prometedora.

Una vez más, los delincuentes pensaban burlar a sus crédulas víctimas.

Porque…

* * *

—El World Club cuenta hoy con seis mil quinientos socios, lo que significa otros tantos millones de dólares —dijo Roger Lawford, mirando a Chester orgullosamente—. Confieso que esa cifra se ha

empleado aquí. Pero Future Team cuenta con los recursos de nuestra confederación de organizaciones…

—Es decir, con el podrido dinero de los *gangsters* de todo el mundo —le interrumpió el worpol, sardónico.

—Puedes llamarnos como quieras, Ronald. Pero comprenderás que somos los únicos que escaparemos al Cataclismo Universal.

—¿Qué quieres decir?

—¿No lo has comprendido aún? —exclamó Lawford, tras una larga carcajada histérica—. A bordo del *EXODUS* sólo podrán viajar mil personas… aunque nuestros socios son seis mil quinientos. Pero…

—Tú has seleccionado a mil criminales, entre hombres y mujeres…

—Aciertas, a medias. Porque también necesitamos a los ingenieros aerospaciales y a un número limitado de hombres de ciencia. El Future Team seleccionó exactamente a la dotación que compondrá el viaje del *EXODUS* al planeta Iris.

El vehículo se deslizaba despacio a través de las instalaciones.

—Estáis locos. ¿Por qué ese urgente y desesperado éxodo…? —dijo Ronald.

—Porque las criaturas de Iris y la federación del sistema solar Sun-II han enviado su ultimátum: si a partir de 1990 los terrestres volvíamos a realizar experimentos nucleares en el espacio, la Tierra sería destruida. Tengo la evidencia de que un país asiático se propone estallar varias macro-bombas experimentales en el confín del sistema solar, a la distancia de Plutón, a primeros de abril de este mismo año. Nosotros no podemos evitarlo, pero ello significará la destrucción total de la superficie de la Tierra —pronunció con expresión diabólica Roger Lawford. Y agregó—: ¿No tiemblas ahora, Ronald Chester?

El worpol asintió con el gesto.

—Confieso que me siento impresionado, Roger. Pero ¿cómo posees la seguridad de que la Tierra será destruida? —preguntó, expectante.

—Christopher Fox estuvo dos meses en Iris. Convivió con los irisitas, aprendió su lenguaje y recibió el mensaje. La prueba concluyente está en la fusión de los polos que asoló la Tierra en 1989. Créelo, Ronald: el universo entero está en peligro y nosotros queremos, al menos, estar

lejos de la Tierra cuando llegue el final. El *EXODUS* está casi terminado. El 25 de marzo despegará hacia el espacio con las mil personas que el Future Team ha seleccionado. ¿No lo crees? Ven. Te entrevistarás con Christopher Fox. El despejará todas tus dudas.

Wanda hizo girar el vehículo, que se dirigió inmediatamente hacia el final del inmenso hangar, donde colosales cabinas encristaladas colgaban del techo.

Dominado por la urgencia, Chester comenzó a pulsar su brazo derecho a través de la fuerte tela rizada de la camisa de fuerza que le inmovilizaba.

A través de su piel, sus impulsos accionaron el diminuto emisor introducido quirúrgicamente entre los músculos y el desesperado mensaje cruzó las ondas.

—*Worpol Uno a Consejo Magno de la WAFDA. ¡Worpol Uno a…!*

El vehículo que conducía Wanda Prentice se detuvo ante las cabinas colgantes y Ronald fue obligado a descender y arrastrado hasta el ascensor, que les elevó rápidamente.

Lawford le obligó a deslizarse precariamente a través del pasillo elevado y de un empujón, le derribó sobre el suelo.

Ronald se irguió sobre los codos y sus ojos contemplaron el extraño laboratorio de cristal.

No conocía personalmente a Christopher Fox, pero le reconoció inmediatamente.

El padre de Gerry se encontraba sujeto al sillón metálico de un psicocaptador electrónico. Gruesos cables espirales unían su cerebro al aparato inhibidor de la voluntad.

Ronald se sintió aterrado. Christopher Fox se había convertido en una momia viviente.

Su cuerpo, desnudo, permitía contemplar su esqueleto. Pues solo huesos, piel y cerebro quedaban en aquel exprimido organismo.

—¡Levántate! —ordenó Lawford—. Adelante, Ronald, sube. Vas a tener el privilegio de saber cuanto está en la mente de Christopher Fox. Sólo tendrás que contemplar esa pantalla que ves, para profundizar en la mente de Fox.

Pero Chester se tomó todavía unos minutos para completar su imperioso y desesperado mensaje al Consejo al Magno de la WAFDA.

Al fin, Lawford le agarró, impaciente, por un brazo y le ayudó a incorporarse.

Ronald Chester le miró fijamente. Y de repente le escupió en la cara:

—No me interesa ya lo que ese pobre hombre pueda decirme. Sólo me interesa decirte una cosa, Lawford… ¡eres la más repugnante sabandija sobre la superficie de la Tierra!

CAPÍTULO XIV

Un salvaje bofetón dio con el worpol en tierra. —Te mataré por eso, Ronald —escupió con desprecio y rencor Lawford—. Te veré convertido en una ruina física y mental, como Fox.

—¡Hazlo! Sé que cualquier iniquidad tiene cabida en una mente retorcida como la tuya —sonrió el worpol.

Lawford se abalanzó sobre él, ciego de ira. Pero alguna oscura idea le obligó a desistir cuando le aferraba ya por el cuello.

—No. No voy a golpearte. Tu agonía será larga, como corresponde a un worpol Número Uno. Morirás el 25 de abril, justo minutos antes de que el *EXODUS* emprenda su viaje a Iris, donde seremos bien acogidos.

—No tendría nada que oponer a ese viaje… si sus pasajeros no compusieran la repugnante bandada de ratas cobardes que integran su dotación —pronunció Chester, de forma hiriente.

Provocaba con toda intención a Lawford, puesto que ganar unos minutos era de importancia vital.

Roger, sin poder contenerse, le propinó una salvaje patada en un costado.

—Las ratas más inteligentes, en cualquier caso, querido Ronald. Porque somos los únicos que vamos a salvarnos. En cuanto a ti… voy a

permitir que asistas a un espectáculo inolvidable: haré traer aquí a Gerry Fox y ella ocupará el lugar de su padre. Tú verás cómo ella adelgaza día a día, cómo su bella silueta se va convirtiendo lentamente en un esqueleto, como…

Un tremendo estrépito interrumpió las palabras de Lawford.

Ronald giró sobre sí mismo y vio cómo una porción gigantesca de la colosal cúpula se abatía sobre el largo fuselaje de la astronave *EXODUS*, envuelta en llamas.

Lawford dejó escapar un alarido y corrió hacia la plataforma exterior, seguido de Wanda Prentice.

Ronald se retorció bruscamente, tensó sus músculos abdominales, se puso en pie de un espectacular salto y avanzó en pos de ellos hacia el pasillo elevado.

Wanda se volvió y gritó espeluznante mente. Pero el worpol había saltado ya sobre Lawford. Su cabeza golpeó, potente, la espalda del Maestro, que basculó sobre la baranda de la plataforma y cayó al vacío.

Su grito quedó ahogado por el rumor de los alaridos que resonaban bajo la inmensa nave en llamas.

—¡Wanda! —gritó Ronald. Y la mujer se volvió bruscamente y sus ojos dorados quedaron prendidos en los del worpol, que se empequeñecieron hasta semejar dos puntitos azulados.

—Sí —murmuró en un manso susurro.

—¡Libérame! —ordenó Ronald.

La mujer se aproximó y le libró de la camisa de fuerza. Y en seguida se inclinó y soltó la cadena de acero que unía sus tobillos.

—¡Wanda! Tú sabes dónde está Gerry —exclamó Chester, tomándola por los hombros—. ¡Llévame hasta ella!

—Sí —respondió la mujer y corrió a través de la plataforma elevada.

Desde allí, Chester contempló durante unos segundos la dantesca escena que se ofrecía a sus ojos: desde la elevada cúpula descendían los hombres de las brigadas especiales de la WAFDA, mientras el *EXODUS* ardía por los cuatro costados.

Corrió detrás de Wanda hasta el ascensor. Pero el aparato no funcionaba y tuvieron que descender por la escalera de emergencia.

Alrededor de ellos, las llamas prendían por doquier.

—¡Dios santo! —pensó Chester, siempre en pos de Wanda—. ¡Si el generador del *EXODUS* llegase a entrar en reacción, todos moriríamos desintegrados!

Pero no era momento apropiado para pensar en ello e impulsó con fuerza a Wanda, saltando por encima de los materiales incandescentes que salpicaban el hangar.

Avanzaron por un pasillo y penetraron en una cámara coronada por una cúpula esférica.

Allí, en el centro de la estancia, Gerry yacía sobre una mesa de operaciones.

Ronald corrió hacia ella y la libró a manotazos de la camisa de fuerza. Pero Gerry yacía inconsciente.

—¡Por amor de Dios, Gerry! ¡Despierta! —gritó, desesperado.

Y Gerry abrió los ojos y parpadeó.

—Ron... Ronald... —murmuró ella, con torpeza. Pero el worpol la tomó en brazos y corrió con ella hacia fuera.

En el pasillo, detuvo a Wanda con brusquedad.

—¿Sabes dónde está la salida? —preguntó, dirigiéndole una mirada hipnótica.

—Sí —respondió la pelirroja.

—En tal caso, toma a Gerry y llévala fuera —ordenó.

—¡Espera, Ronald! —sollozo Gerry, anhelante.

Chester la miró con extrañeza.

—¿Cómo... cómo sabes que es ése mi verdadero nombre? —preguntó.

—Ella —señalaba a Wanda— me lo dijo. ¡No me abandones!

—Lo siento —exclamó él, tajante—. Debo hacerlo, si quiero rescatar a

tu padre de este infierno. Y mucho me temo que de él dependa la vida de todos nosotros. ¡Llévatela, Wanda!

No esperó más. De un salto, alcanzó el pasillo y corrió como un loco. Una puerta acorazada saltó despedazada ante él, pero Ronald saltó a través de las llamas y siguió adelante.

Jamás podría explicar de dónde sacó fuerzas suficientes para alcanzar el laboratorio elevado —una de cuyas alas ardía ya como una tea—, soltar los cinturones de malla de acero que sujetaban a Christopher Fox, cargárselo a la espalda y emprender el descenso.

Abajo, sus piernas se aflojaron y cayó a tierra con Fox sobre él. Alguien le incorporó y le animó a seguir.

—¡Aprisa, aprisa! —gritó alguien junto a él—. ¡El reactor de la astronave va a estallar!

Unas manos solícitas le agarraron y le izaron hasta un vehículo, que se deslizó veloz entre las llamas y alcanzó un estrecho y largo corredor subterráneo.

El calor había menguado y el horrísono estrépito parecía lejano ya.

Ronald fue guiado hasta una escalera de madera, precedido por dos hombres de las unidades especiales de la WAFDA.

Se alzó una trampilla y Ronald se encontró… en el refugio de la ladera.

Fuera, un helicóptero se mantenía estático en el aire, a un metro de altura sobre la explanada del albergue.

Ronald aguardó a que Christopher Fox fuera izado a bordo y luego apresó a uno de los hombres de la WAFDA por los hombros.

—¿Dónde está, dónde está? ¡Busco a una mujer, busco a Gerry Fox! —gritó como un energúmeno.

—Tranquilícese, señor —respondió el agente—. Gerry Fox y otra mujer han sido evacuadas ya a lugar seguro. ¡No pierda tiempo, suba!

Chester saltó hacia el helicóptero y el aparato ascendió veloz. Apenas habían volado veinte minutos, cuando a sus espaldas se oyó el estallido horrísono de una colosal deflagración.

* * *

El Consejo de Seguridad de la ONU se reunió dos horas después en Washington.

Y la consigna fue hecha en privado a todos los representantes de las naciones adscritas al organismo mundial.

—Es un ultimátum, señores. Una nueva explosión nuclear en el espacio y nuestro planeta será destruido. Ante ustedes tienen pruebas documentales que serán inutilizadas posteriormente. Apelo a vuestra sensatez, a vuestra responsabilidad y al sagrado deber de velar por la conservación de la vida humana y de nuestro entorno terrestre. Deben cesar inmediatamente los experimentos nucleares y hallar con urgencia una vía para el entendimiento a escala mundial. Si no lo conseguimos... el género humano desaparecerá sobre la superficie de la Tierra...

Las palabras del presidente fueron acogidas por el silencio. E inmediatamente se procedió a la votación que indicaría si todos los representantes decidían la vida o... la destrucción.

El sí a la moción fue unánime. Todos los países pertenecientes a la organización mundial se comprometieron firmemente a conseguir que sus países renunciasen a cualquier experimento nuclear.

Un colectivo suspiro de alivio se dejó sentir en la asamblea al conocerse el resultado de la votación.

Luego, fuera del edificio del Consejo de Seguridad, se reunieron en el mismo automóvil Arnold Spencer, Knut Gudsen y Ronald Chester.

Spencer se volvió a mirar a Chester y dijo tristemente:

—Por desgracia, no hemos conseguido resolverlo todo de forma decisiva.

—Es cierto —asintió Gudsen, con expresión grave.

—¿Qué piensa usted de ello, Chester? —Spencer tocó en el hombro a Ronald, que parecía absorto en Dios sabe qué lejanos pensamientos.

—Pienso que debemos convencer a «ellos» de que nuestros deseos de paz son sinceros —respondió el worpol—. Por desgracia, el único

hombre capaz de comunicarse con «ellos» es Christopher Fox. Y... ya lo saben: Fox está en el hospital especial, debatiéndose entre la vida y la muerte.

—Tú dijiste que esperabas mucho de su hija. Según tú, Gerry Fox es la única persona que puede influir de forma psíquicamente positiva acerca de su padre —insinuó Gudsen, mientras el vehículo de la WAFDA rodaba por las avenidas de Washington.

—Eso dije, es cierto —admitió Chester—. Pero mentiría si ahora diera a ustedes unos ánimos que a mí mismo me faltan. Fox apenas ara un cadáver viviente cuando logramos rescatarlo. ¡Ojalá logre recuperarse!

* * *

El «Ford» Experimental se detuvo espectacularmente ante el vestíbulo del hospital especial del Estado de Washington.

Y en el vestíbulo aguardaba Gerry Fox. Pálida, demacrada, pero entera y valerosa. Y en cuanto vio a Ronald, ella se arrojó en sus brazos.

—¡Papá está recuperándose, Ronald! —sollozó—. Los médicos han dicho que vivirá.

Chester acarició los oscuros cabellos femeninos y elevó sus ojos al cielo azul del mediodía.

—Dios nos ha oído —susurró él al oído de Gerry. Y la besó.

* * *

—Este era el mensaje grabado sobre las llanuras polares —anunció Christopher Fox—. Atención... Dice así: «*Hombres y mujeres de la Tierra: la inmensa complejidad de los mundos que salpican el espacio infinito, se mantiene en perfecto equilibrio en virtud de leyes superiores. Vosotros, terrestres, con vuestros odios y rencillas, a través de vuestros intereses y egoísmos, habéis puesto en peligro el equilibrio, de forma que la destrucción amenaza a todos los seres de la creación. Como recurso supremo, la federación del sistema Sun-II ha llegado a la extrema decisión:*

destruiremos la superficie de la Tierra para evitar que vosotros, locamente, provoquéis el caos y la nada cósmica. Hay una esperanza para vosotros: renunciad a vuestras luchas, a vuestros experimentos nucleares devastadores, y podréis vivir en paz. Si no atendéis nuestro ultimátum, sólo os aguarda la destrucción y la muerte.»

Las personas que aguardaban en la plataforma superior del observatorio astronómico Dowell, guardaron absoluto silencio.

Finalmente, se alzó la voz del presidente de la WAFDA.

—Los hombres y mujeres de la Tierra prometemos cesar en nuestra propia autodestrucción. Cesarán las luchas, terminarán los experimentos nucleares en el espacio y todos nos esforzaremos en la convivencia. ¿Puede transmitir este mensaje, señor Fox?

Christopher Fox asintió con gravedad. Y seguido por los astrónomos del observatorio, penetró en el ascensor.

Arriba, al pie del colosal telescopio, había sido instalado un enorme proyector de rayo láser, conectado con un intercomunicador espacial.

En medio de un religioso silencio, Christopher Fox tomó asiento, reguló la dirección del proyector... y un finísimo rayo láser partió hacia las tinieblas e impactó sobre la distante superficie del planeta Iris.

Sirviéndose del intercomunicador, Fox fue dictando uno a uno los extraños signos que permitirían transmitir el mensaje que Spencer acababa de dictar.

En la explanada, doscientas personas aguardaban en la noche en absoluto y recogido silencio.

Al cabo, Christopher Fox apareció sobre la plataforma que dominaba la explanada. Un leve rumor se alzó por encima de la multitud, pero todos callaron cuando Fox pronunció aquellas palabras.

—Nuestro mensaje ha sido recibido y... aceptado.

Hemos obtenido promesa de que durante los próximos tres años, el Antártico y el Ártico volverán a cubrirse de témpanos de hielo, mediante la acción de constantes lluvias torrenciales sobre los Polos. El nivel de los mares descenderá y las islas y los continentes tornarán a su estado natural anterior a 1989. Los hombres seguirán prosperando siempre que la paz y la concordia sean el principal

objetivo sobre la superficie de nuestro querido pláneta… Podéis marchar. Id en paz.

La muchedumbre se disgregó lentamente.

Había alegría y confianza en todos los rostros. No un regocijo exaltado y ruidoso, sino grave y responsable.

Abajo, Ronald Chester se reunió con el presidente de la WAFDA, que le tomó por un brazo y le llevó hasta su automóvil.

—Querido Chester —dijo míster Spencer, con gran afecto—, le debemos tanto, que no acierto a encontrar palabras suficientes para expresar mi estado de ánimo.

Ronald sonrió, a pesar de que se sentía emocionado.

—Su estado de ánimo, querido presidente, se elevará muchos grados si tomamos juntos unas copas de excelente jerez seco, cosecha 1960 —dijo en tono ligero y divertido.

Arnold Spencer se detuvo junto al automóvil de la WAFDA y sonrió.

—Siempre será usted el mismo, Ronald. No pierde el equilibrio en los momentos más adversos —alabó con sinceriáad—. Y ello me obliga a recordar la última frase que usted pronunció durante nuestra entrevista en la penitenciaría. Fue algo así como: «*En cualquier caso, siempre me será fácil volver a Hangmoor*», ¿recuerda?

—Lo recuerdo perfectamente —asintió Ronald—. Pero ¿por qué ha vuelto a acordarse ahora de ello?

Spencer puso su mano sobre el hombro del worpol Número Uno.

—Porque imagino que no pretenderá volver allí ahora —dijo.

Chester lanzó una alegre carcajada.

—¡Oh, no; ni mucho menos! —protestó, falsamente alarmado—. En la actualidad, tengo poderosas razones para preferir mantenerme lejos de los muros de la penitenciaría de Hangmoor.

Se volvió y señaló a Gerry Fox, que corría hacia él, llena de ansiedad.

FIN

[1] «Club Mundial», en inglés

[2] Siglas del «Komitet Gosudarskevonoi Beropasnoski», que, en ruso, sigmtica literalmente «Comité que Vela por los Intereses del Estado», y corresponden al Servicio de Espionaje de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

[3] «Vacaciones en el Cielo», literalmente.

[4] «Alegre Esperanza», en inglés